

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 889.

SUMARIO.

M. Mauricio Richard, ministro de Bellas Artes de Francia; grabado. — Revista española. — Cuento de Edgardo Poe. — Naufragio de la «Gorgone»: El alférez Mage; grabados. — Maravillas de la arquitectura india; grabados. — Revista de París. — Poesías. — El nuevo ministerio francés; grabado. — Estudios históricos. — Un ensayo general; grabados. — La casa de Cardona, por Víctor Balaguer. — Las Landas; grabados.

M. Mauricio Richard,

MINISTRO DE BELLAS ARTES EN FRANCIA.

¡Que manden los jóvenes! Tal ha sido la voz de la opinión el día en que el segundo imperio ha querido bajar de las alturas del poder personal, para inaugurar la era de la libertad.

Manejando los asuntos del país es como se adquiere á la vez la experiencia que hace al hombre político y la autoridad que hace al hombre de Estado. Nunca la Inglaterra ha dejado de tener presente esta práctica saludable. Todos los hombres de Estado del Reino Unido, entraron jóvenes en el poder, y el ejemplo merece señalarse en Francia cuando se quiere entrar francamente en el régimen constitucional y en el gobierno del país por el país.

M. Mauricio Richard, representa pues, la falange de los jóvenes en la composición del nuevo ministerio, y M. Emilio Ollivier, al conservar á su lado á su amigo, ha hecho una elección excelente.

Sabido es, con efecto, que el joven diputado de Seine y Oise se ha distinguido hace tiempo en el Cuerpo legislativo por la firmeza de su liberalismo y la rectitud de su línea de conducta. Es de los que no sacrifican el deber á la amistad y si las circunstancias lo exigen se puede contar con que sabrá decir al jefe del nuevo gabinete: *Amicus Plato, magis amica veritas.*

Lo que distingue el talento de

M. Mauricio Richard es la oportunidad y solidez de sus argumentos en la discusión: para él valen mas las buenas razones que los buenos discursos.

M. Mauricio Richard puede considerarse, pues, como uno de los miembros del gabinete parlamentario que están mas resueltos á mantener y á practicar sus máximas. Toda reforma pública encontrará accesible al joven ministro de Bellas Artes. Fuera palabras y á los actos. M. Mauricio Richard sabe mejor que nadie que los liberales que no hacen nada se parecen mucho á los conservadores que nada quieren hacer.

H. V.

Revista española.

El último mes del año. — Tres fechorías. — Resbalones. — Crímenes. — Desgracias. — Cambio de decoración. — Teatros. — Las funciones de Nochebuena. — Un episodio bufo *Trampa adelante.* — Los provincianos en Madrid fotografiados por el *Cascabel.* — Felicitación.

En los momentos en que empiezo á escribir esta revista, termina su agitada y laboriosa vida el año de 1869.

Se conoce que va bien enterado de sus fechorías, puesto que para que no le silbemos al despedirse, nos deja á seis grados bajo cero, rodeados de nieve y al amor de la lumbre, único medio de que le acompañemos al otro mundo.

Su última etapa, es decir, su último mes en España, ha sido bien triste.

Dejando á un lado los dos ó tres asesinatos que se han cometido en tres provincias por cuestión de elecciones, según dicen los periódicos, y circunscribiendo mi ojeada á Madrid, puedo asegurar que ha hecho méritos para irse derecho á las calderas de Pedro Botero.

En sus primeros días nos inundan las calles de nieve.

¡Cuánto resbalon!

La pobre mujer de un zapatero se escurrió y se quebró el espinazo.

Era un domingo, y el maestro había empinado, ó lo que es lo mismo, estaba alegre, así es que á pesar de la desgracia, cuando le preguntaban:

— ¿Cómo está su costilla de usted?

— La tengo rota, respondía.

Y era verdad. Pocos días despues salía de su casa muy tranquilo el ministro de Hacienda de la union liberal, ó lo que es lo mismo, don Pedro Salaverria. Se acababa de despedir de su esposa y de sus hijos, y atravesaba tranquilamente el callejon de San Ricardo, con ánimo de ir á tomar una taza de café.

De pronto se desemboza un caballero, tira de un estoque y hiere con él al ex-ministro.

— ¡Al asesino, al asesino! grita.

Las gentes que pasaban por la calle de Carretas se apoderan del criminal, y reconocen en él á un antiguo director del ministerio de Hacienda.

El herido fué trasportado á una casa de socorro, y desde allí á su hogar.



M. Mauricio Richard, ministro de Bellas Artes en Francia.

Aquella noche no se habló en Madrid mas que del triste suceso, asegurando todos que el hombre que habia intentado acabar con el ex-ministro de Hacienda, habia obedecido á un sentimiento de venganza.

— Pues ¿qué motivos tenia para quererle tan mal? pregunté yo á una persona que parecia bien informada.

— ¿No recuerda Vd., me respondió, que siendo ministro, don Pedro Salaverría sorprendió á un director vendiendo destinos?

— Algo he oido de eso.

— Pues el tal director es el que ha querido matarle.

— Y ¿cómo descubrió el ministro?...

— Muy fácilmente. Encargó á una persona el papel de comprador de destinos, hizo que el tal entregase al director billetes marcados, y tendida esta red, cayó el alto funcionario en el garlito. Era diputado, y las Cortes le obligaron, en sesion secreta, á que dimitiese su cargo; como criminal despues le condenaron á presidio, y... lo demás ya lo saben ustedes.

Casi al mismo tiempo que ocurría este suceso, cuatro ó cinco revendedores entraban en la contaduría del teatro de Variedades, y cosían á puñaladas al empresario.

A la noche siguiente, un diputado se retiraba á su casa, y le quitaron el reló.

Un mejicano pasaba por una de las calles mas céntricas, y le quitaron tambien el reló y un anillo.

Otro caballero se vió de pronto con los ojos llenos de polvo. Cuando pudo abrirlos, notó que le habian quitado la capa.

Pocos dias despues un empleado que acababa de cobrar su paga de Navidad, pasaba por uno de los parajes mas céntricos de Madrid.

Dos hombres se le acercaron.

Uno de ellos le tapó los ojos, y simulando que le daba una broma:

— ¿A que no me conoces? le dijo.

Mientras la víctima procuraba reconocer al amigo que le daba la broma, el compañero practicó una escrupulosa visita á sus bolsillos, y le quitó el reló y el dinero.

Uno y otro apretaron á correr.

Paréceme que esta reunion de sucesos desagradables es suficiente para que cada ciudadano pida al gobierno cuatro soldados y un cabo para que le acompañen en sus excursiones, ó por lo menos vaya con el revolver en la mano, y no consienta que se le acerque nadie á diez varas de distancia.

Estas son las fechorías que se han cometido en la calle.

Asistamos ahora á dos grandes desgracias que han tenido lugar en el mismo mes.

¡Cuántas veces dice la muchedumbre al ver á un hombre rico: ¡Qué feliz es!

Y sin embargo, las apariencias engañan.

Hay en Madrid un banquero cuya inmensa fortuna es objeto á todas horas de consideraciones envidiosas. Cuantos le conocen saben que une á su fortuna un carácter el mas á propósito para ser dichoso. Ama su hogar, tiene una esposa jóven cuyas virtudes, cuya belleza son suficientes para alegrar su casa.

— ¡Qué feliz es! exclama todo el mundo apenas se le nombra.

Pues bien, este hombre feliz es desde hace dos meses blanco de grandes infortunios.

Da á luz su esposa un niño, y el pobrecito muere á los pocos dias de nacer.

La madre sufre una enfermedad que altera en cierto modo sus facultades mentales. Para acelerar su convalecencia, parten los dos esposos á buscar nuevos paisajes, á recrear su ánimo, á dilatar los horizontes, y al partir dejan en su espléndida casa un niño de seis años dotado de una belleza sin igual, de una precoz inteligencia, una criatura angelical, un verdadero tesoro. A los dos ó tres dias de su separación, una congestión cerebral arrebató la vida al pobre niño.

¿Puede darse mayor desventura?

En otra casa espléndida tambien vive un rico cubano á quien todo sonrie.

Es cierto que le falta una madre para sus hijos, pero él se duplica y procura reemplazar cerca de ellos á la que le dió el ser.

Es diputado, ha desempeñado importantes empleos, ve asegurado el porvenir de sus hijos, está emparentado con altos personajes, su bello carácter le atrae numerosos amigos, todo le sonrie, y de pronto una terrible enfermedad le hiere de muerte. En aquella casa suntuosa, mientras espira el padre, los amigos apartan á los pequeños del lecho mortuario, y poco despues dos niñas y un niño quedan huérfanos.

El banquero es don Guillermo Rolland.

El diputado don Juan Fernandez del Cueto.

Pero apartemos la vista de tanta tristeza y busquemos el contraste en la alegría, en los espectáculos y en los placeres.

Mientras lloraban los pobres huérfanos y los afligidos padres, los ciegos alborotaban las calles cantando el *Carasclás*.

Hombres y mujeres del pueblo corrian armados de panderetas, almireces, guitarras, zambombas y otros instrumentos chillones, por los parajes mas céntricos de Madrid, desgañitándose á cantar, y haciendo de la Nochebuena una noche de orgía.

Cruzábanse en las calles los repartidores de regalos; las confiterías ostentaban las vistosas cajas de mazapan; bailaban y cantaban los que habian visto premiado su número en la lotería, se desesperaban los que habian arriesgado su dinero sin fruto alguno.

Y entre paréntesis, diré á mis lectores que este año ha buscado el premio grande un cuartel. Un regimiento de

caballería que está de guarnicion en Granada, del sobrante de la caja tomó el dinero necesario para comprar un billete. El premio grande se ha repartido pues proporcionalmente entre todos los individuos del regimiento, desde el coronel hasta los rancheros. Los militares están de enhorabuena.

No ha habido este año, como en los anteriores, cenas aristocráticas; pero en cambio la gente *comme il faut* se repartió en los teatros para asistir á las novedades, que en estos dias ofrecen las empresas.

En el teatro de la Zarzuela se ha representado por las tardes un viaje bufo titulado *De Madrid á Biarritz*.

No necesito contar el argumento de esta humorada. Fácilmente adivina el lector que tiene por objeto ridiculizar los viajes que la moda aconseja en el verano, y poner en relieve las peripecias que ocurren en los trenes de recreo y en las fondas que se encuentran al paso.

Por la noche se puso en escena el *Faustito*, traducción del *Petit Faust*, que con tanto éxito se ha representado en Paris.

Esta obra es ni mas ni menos que el *Mefistófeles*, estrenada hace un mes en el teatro de los Bufos Arderius.

La novedad de este coliseo ha sido el *Rey Midas*.

La primera noche asistimos á la representacion mas de dos mil personas. Vimos buenas decoraciones, magníficos trajes, grandes cantidades de algodón perfectamente modeladas, oímos música, vimos agitarse á los personajes, pero al salir del teatro, nos preguntábamnos unos á otros:

— ¿Qué ha sacado Vd. en limpio?

Nadie respondía á esta pregunta.

Para dar una idea de lo que son los Bufos, toda vez que me veo en la imposibilidad de contar el argumento del *Rey Midas*, referiré un episodio de entre bastidores.

En una de las escenas del último acto salen las coristas ó turipantas trasformadas en flores.

En el ensayo general, quiere el empresario ver el efecto de los trajes, y las coristas se presentaron para presentarse á Arderius.

Una de ellas, muy gruesa, llevaba con muy poca gracia los adornos que debían convertirla en tulipán.

El empresario llamó al encargado de confeccionar los trajes:

— ¿Pero, hombre, ha visto Vd., le dijo delante de la turipanta, qué poca gracia tienen esos adornos?

El sastre sin inmutarse:

— Si esa señora, dijo, no fuera una tinaja, le sentarían bien.

— Diga Vd., yo no soy tinaja, gritó enfurecida la sílfide.

— No tinaja, sino tinajon.

— Me lo hará Vd. bueno, so infame, gritó la corista.

Y si no le quitan al sastre de en medio, lo corta con las uñas.

En el teatro de Lope de Rueda se ha estrenado una comedia arreglada del francés, titulada *Soto, Sotillo y Compañía*. No merece que nos ocupemos de ella.

Por la noche se estrenó una comedia del señor Larra, titulada *Los Hijos de Adán*. El argumento no es nada nuevo. Propónese el autor demostrar que los que mas firme propósito han formado en permanecer solteros, dan al traste con sus ideas cuando una mujer los elige para blanco de sus coquetías. Abundan las situaciones cómicas, el diálogo es chispeante, y la obra en conjunto hace pasar un buen rato á los espectadores.

Quien ha hecho verdaderamente los honores de las fiestas, ha sido el Teatro Español.

Por la tarde se estrenó una comedia arreglada del inglés, titulada *el Niño de noventa años*. Con decir que Valero desempeña el papel de protagonista, comprenderán mis lectores que el eminente actor recogió una gran cosecha de aplausos.

Por la noche se ha puesto en escena la lindísima comedia de Moreto, *Trampa adelante*.

Aunque esta obra es una joya del teatro antiguo, para los que no la conocen, diré que es un modelo de ingenio. Imposible es enredar una madeja con mas gracia, entretener al público durante tres actos, y desenredar el hilo al final con alegría de todos.

El verdadero autor de todo es el criado de un don Juan, el cual, para proporcionarle recursos, se vale de mil tretas y le pone en infinitos compromisos con galanes y damas.

Pero si la fábula es graciosa y entretenida, la versificación, como todas las de las obras de Moreto y de los autores de nuestro teatro antiguo, es encantadora.

Veán Vds. qué bello arranque tiene el galán al creerse engañado por la dama en una de las mejores escenas de la comedia:

DON JUAN.

¡Ah falsa, ah tirana!

Venenoso basilisco

Que en tus luces lisonjeras

Me has disfrazado el hechizo,

¿Eran estos, eran estos

Los celos y los retiros?

¿Eran estas las sospechas

Que acreditaban de fino

Tu amor, falso y alevoso,

Que al incauto pecho mío

La luz que dió para incendio

Resultó aquí para aviso?

¿Eran aquestas las quejas

Con que á mí tu pecho esquivo,

Como el cazador astuto,

Fingiendo el amante silbo,

Al lazo desesperado

Llama el simple pajarillo?

¡Mal haya la fe engañada!

¡Mal haya el ciego delirio

Del amor, que por lisonja

Creyó lo que era peligro!

Yo mismo (¡ay de mí!), yo mismo

Guié en mi tirana mano

A la garganta el cuchillo.

Yo tuve la culpa, yo,

De mí me quejo yo mismo:

Que si en el ingrato obrar

Como ingrato era preciso,

La culpa tuvo el piadoso

Que le ocasionó el delito;

Y pues tuve yo la culpa,

Iré al horror y al sonido

De la cadena que arrastro

A llorar los yerros míos.

No es menos bella la escena en que doña Leonor se disculpa con su amante y logra desenfadarle, conmovertle y enamorarle mas. Héla aquí:

DOÑA LEONOR.

Don Juan ¿qué quieres que escoja

Si del término me sacas

Donde está el remedio mío?

¿Qué pueden pensar mis ansias?

Tú celoso, injustamente,

No quieres sacar la cara

A decir que eres mi esposo;

Solo á ampararme te allanas,

Pues, ¿cómo quieres don Juan,

Que una mujer que es honrada

Intente librar su vida

Dejando morir su fama?

El mayor riesgo es mi honor,

Tú en este me desamparas;

Mi vida es menor peligro,

Este socorrerme tratas.

Si amparas, don Juan, bizarro,

Mi vida, mi honor agravas;

Pues ¿qué te debe mi riesgo,

Si en el amparo me infamas?

Cuando la honra se arriesga,

Librar la vida es infamia;

Pues por no morir de infame

Quiero yo morir de honrada.

Yo no he de salir de aquí

Ni he de volver á mi casa,

Sino muerta ó con la honra

Que aventuré por tu causa,

Venga mi hermano, señor,

Logre mi vida su saña,

Atropelle mi inocencia,

Triunfe su furia tirana,

Muero yo, don Juan; que entonces

De tí me dará venganza

Mi muerte, pues tus sospechas

Morirán con mi desgracia;

Que de no haberte ofendido

Será la prueba mas clara,

Verme morir en el riesgo

De que tú mismo me sacas:

Pues aventurar su honra

No pudo por otra causa,

Quién para librar la vida

No se atrevió á aventurarla.

Mi muerte será escarmiento

De todas las que idolatran,

Si así en seis años de amor

Nobles finezas se pagan.

Este será, el premio injusto

Del dolor de ausencias tantas,

De tus amantes porfias,

Y mis resistencias vanas,

Que en rendimientos pararon

De tan locas esperanzas,

Que el aire de mis suspiros

Para deshacerlas basta.

Mas ¿para qué he de acordarme

Que me obligaron tus ansias

Tras de tan prolijos dias

Que asistiendo á mis ventanas

Te dejó siempre la noche
Donde te encontraba el alba,
Si solo sirven de hacer
Tu sinrazon mas ingrata?
Y cuando llantos de amor
Huye el riesgo de mi fama,
En agravar tu delito
Doy á los ojos mas causa.

DON JUAN.

Suspende Leonor, el llanto.
Que no podrá, aunque me agravias,
Resistir mi ardiente fuego,
El dulce riego del agua.
El enfermo á quien la sed
De la calentura abraza,
Se arroja á perder la vida
Por vencer, bebiendo, el ansia.
Mi amor, enfermo de agravios,
Arde en la violencia falsa
De la sed de tus cariños.
Pues no le muestres el agua:
Que si en tus ojos, Leonor,
Miro el cristal que derramas,
Por no sufrir lo que aflige
He de beber lo que mata.

Como he dicho antes, la comedia de Moreto se ha llevado este año la palma.

Terminaré mi revista tomando dos cuadritos á mi amigo Frontaura.

En los dos aparecen las mismas figuras: un matrimonio provinciano que viene á pasar unos dias en Madrid.

Hé aquí cómo describe el estado actual de la ex-córte.

— ¿Quieres entrar en el café? preguntó el esposo á la esposa.

— No sé qué te diga, hombre, porque tengo miedo.

— Yo tambien, pero algo hemos de hacer, y ¡qué diablos! encomendémonos á Dios y él nos protegerá.

Y entraron en un café muy elegante, donde habia muchos señores.

Sentáronse cerca de una mesa, al rededor de la cual habia varios jovencitos imberbes, y de otra ocupada por hombres ya maduros que parecian personas de formalidad y respeto.

Pidieron café y tomáronlo á disgusto, porque no era para menos la amena conversacion de aquellos jovencitos elegantes que entre cada dos palabras mezclaban una interjección propia mas de carreteros y mozos de cuerda que de gente bien educada y de buena sociedad.

¡Y cómo hablaban de las mujeres! Allí citaban nombres de señoras casadas y muy conocidas, que á creer á aquellos pilluelos, granujas de levita y guantes, eran unas grandes perdidas; y allí se hablaba con el mayor desenfado de hombres eminentes en las ciencias y en las letras, y á quienes aquellos sabios de veinte años trataban de ignorantes y animales.

— ¡Jesús! decía don Mamerto, pero, ¿esto es Madrid ó una colonia de locos?

— ¡Ay! añadia su esposa, el café se me va á hacer vinagre en el estómago. ¿No oyes lo que dicen estos otros?

En efecto, los hombres formales que estaban en la otra mesa discutian acaloradamente sobre la existencia de Dios, y dos ó tres de ellos vociferaban y accionaban como energúmenos, sosteniendo que no habia Dios, y que Suñer era un grande hombre; el otro encarecia las existencias del espiritismo, y aseguraba que el espíritu de su abuela estaba tomando café allí á su lado; otro queria convencer á los demás de la bondad de la secta llamada de los iluminados, y referia como le iba grandemente y en todas sus empresas salia airoso desde que habia hecho pacto con el demonio.

La provinciana no pudo oír mas, se levantó y arrastró consigo á su Mamerto diciéndole:

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡vámonos, que estos son demonios vestidos de caballeros, y aquí nos va á suceder algo!

Después de esta escena salieron á la calle y en el sitio mas público se ve perseguido don Mamerto por las mujeres que andan buscando acomodo.

Allí ocurre una escena desagradable de la que hago caso omiso.

— Mira, mujer, dice el esposo, después que ambos hubieron hecho muchos comentarios acerca de aquel suceso, vamos al teatro y á lo menos allí nos divertiremos y pasaremos la noche. Ya no es hora de tomar el tren, que es lo que debiéramos hacer. Con que ya que hemos de estar en Madrid esta noche, procuraremos pasarla lo mas agradable y honestamente que se pueda. El teatro es la escuela de las costumbres y en él no podremos menos de hallar distraccion tranquila y provechosa.

Y efectivamente, dirigiéronse á un teatro donde se representaba una famosa zarzuela bufa.

Ya estaban casi á la puerta cuando un jóven les dijo:

— ¿Quieren Vds. dos butacas á la mitad del precio?

— ¡Hombre! sí: se apresuró á decir don Mamerto, á mí me gusta la economía, y cuando hallo ocasion de ahorrarme una peseta no la dejo escapar.

Tomó las dos butacas, dió por ellas catorces reales, y entraron en el vestibulo del teatro.

Pero el recibidor de billetes, viéndolos, los devolvió á don Mamerto, diciéndole:

— Estos son de anteayer, y no sirven para hoy.

— Hombre, exclamó el provinciano ¿cómo han de ser de anteayer si los acabo de comprar á un jóven, á mitad de precio, por cierto?

— Pues le han engañado á Vd., caballero.

— Sea todo por Dios; no se puede dar un paso en este Madrid.

Don Mamerto se vió en la precision de tomar otros billetes en el despacho, es decir, que en lugar de costarle veinte y ocho reales la funcion, le costó cuarenta y dos.

Después de ver estos cuadritos trazados de mano maestra, si recuerdan los lectores mis primeros párrafos comprenderán cómo está Madrid.

Ahora me resta repetir lo que hace nueve años digo al final de la revista de diciembre: que les deseo todo género de felicidades en el año 1870.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de diciembre de 1869.

Cuento de Edgardo Poe.

CUATRO PALABRAS CON UNA MOMIA.

No poco cansados hallábanse mis nervios con el Symposium de la noche de ayer. Terrible jaqueca me abrumaba, y me caia de sueño. En vez de pasar la noche fuera de casa como intentado tenia, ocurrióseme que el partido mas prudente que deberia seguir era cenar una friolerilla y acostarme.

Finalizado mi frugal banquete y después de haberme calado el gorro de dormir, con la deliciosa esperanza de gozar hasta las doce de la mañana, cuando menos, acurruqué la cabeza sobre la almohada y á favor de la santa tranquilidad de mi conciencia, caí instantáneamente en el mas profundo sueño.

Pero ¿cuándo ha visto el hombre realizadas sus esperanzas? Quizá no habria acabado de dar el tercer ronquido, cuando un furioso repiquete estremeció la puerta de la calle y las impacientes aldabadas me hicieron despertar sobresaltado. Un minuto después, estando aun frotándome los ojos, metíame mi mujer por los mismos una carta de mi antiguo amigo el doctor Ponnonner que decia así:

« Venid á buscarme á despecho de todo, mi querido amigo, en el momento mismo en que esta recibais. Venid á participar de nuestra alegría. Al fin, gracias á mi terca diplomacia, he arrancado á los directores del Museo de la ciudad el permiso de examinar mi momia, ya sabeis de cuál os hablo. Tengo permiso de desenvolverla y si lo creo necesario, hasta de abrirla. Algunos amigos presenciarán la operacion. Sois uno de ellos, por de contado. La momia está en mi casa, comenzaremos á desfajarla á las once de la noche. »

Antes de llegar al « Ponnonner » quise convencerme de que estaba todo lo despierto que un hombre puede desear. Salté de la cama loco de alegría y atropellando cuanto hube á las manos, vestime con una presteza verdaderamente milagrosa y con toda la celeridad de que soy capaz, me dirigí á casa del doctor.

Allí encontré reunida una sociedad animadísima. Me habian esperado con la mayor impaciencia: la momia estaba tendida sobre la mesa del comedor, y en el momento que entré comenzó el exámen.

Era esta momia una de las dos que trajo no há mucho el capitán Arturo Sobretash, primo de Ponnonner. Habíala sacado de una tumba cerca de Eleuthias, en las montañas de la Libia, á gran distancia de Thebas, sobre el Nilo. En este sitio las tumbas, aunque no tan suntuosas como los sepulcros de Thebas, son de mucho mas mérito ó interés, porque ofrecen mayor número de *ilustraciones* sobre la vida privada de los egipcios. El salon de donde habiamos sacado nuestro ejemplar pasaba por el mas rico en cosas de esta naturaleza; las paredes estaban completamente cubiertas de pinturas al fresco y bajo-relieves; estatuas y vasos y un mosaico de muy exquisito dibujo, atestiguaban sobradamente la soberbia fortuna de los muertos.

Esté tesoro se depositó en el Museum, en el mismo estado exactamente en que el capitán Sobretash la encontró: es decir, que la caja estaba intacta. Por espacio de ocho años permaneció expuesta á la pública curiosidad, en cuanto á su exterior únicamente. Teniamos la momia á nuestra completa disposicion; solo á los que saben cuán raro es que lleguen á nuestras playas estas antigüedades sin ser destrozadas, les es dado juzgar las grandes razones que teniamos para felicitarnos mutuamente por nuestra buena dicha.

Acerquéme á la mesa y la ví dentro de una gran caja ó cajon, de unos siete piés de largo, casi tres de ancho y dos y medio de profundidad. Era oblonga, pero no en forma de ataúd. Inmediatamente supimos que la madera era acacia, *Sicomorus Platinus*, pero raspándola, reconocimos que era de carton, ó mas propiamente dicho, de una pasta hecha de papyrus. Estaba profundamente ornada de pinturas, que representaban escenas fúnebres y diversos asuntos lugubres, entre los que serpenteaba un semillero de caracteres geroglíficos, colocados en todas direcciones y que evidentemente significaban el nombre

del difunto. Por fortuna era de la partida M. Gliddon, y con la mayor facilidad nos tradujo aquellos signos simplemente *phonéticos* y componian la palabra « Allamistákeo. »

No nos costó poco trabajo abrir la caja sin estropearla, y al lograrlo, hallamos dentro otra en forma de ataúd, bastante mas pequeña que la caja exterior, pero muy parecida en todo lo demás. El intervalo entre las dos comprendido, estaba lleno de resina, y esta hasta cierto punto habia destruido los colores de la segunda caja.

Después de abierta, cosa que fácilmente hicimos, hallamos otra tercera, de la misma forma de ataúd, parecidísima en un todo á la segunda, fuera de la materia, que era cedro y que exhalaba el olor sumamente aromático que á esta madera caracteriza. Entre la segunda y la tercera caja, no habia intervalo alguno, pues encajaba exactamente la una en la otra.

Deshecha la tercera caja, descubrimos el cuerpo y le sacamos. Encontrarle esperábamos, como de costumbre, envuelto en infinidad de cintas ó fajas de lienzo; pero en vez de estas nos hallamos con una especie de estuche, hecho de papyrus y revestido de una capa de yeso, groseramente pintada y dorada. Representaban estas pinturas diversos asuntos de los diferentes deberes que suponian, tener que llenar el alma á su presentacion á las divinidades, y además muchas figuras humanas muy parecidas entre sí, retratos sin duda alguna de personajes embalsamados. De piés á cabeza se extendia una inscripcion vertical en *geroglíficos phonéticos*, expresando el nombre y títulos del difunto y sus deudos.

Al rededor del cuello, que fácilmente desfajamos, veíase un collar de cuentas cilíndricas de vidrio, de diversos colores, colocadas de manera que figuraban retratos de divinidades; entre ellas la del escarabajo con el globo alado. Rodeábalas el talle otro collar ó cinturón de la misma índole que aquel.

Separado el papyrus, hallamos las carnes en perfecto estado de conservacion y sin olor alguno. Eran de color rojo y la piel consistente, lisa y brillante. El cabello y los dientes parecian hallarse en buen estado. Los ojos, al parecer, los habian reemplazado por otros de vidrio muy hermosos, y maravillosamente imitados, salva la pronunciada é imponente fijeza. Las uñas y los dedos estaban brillantemente dorados.

Del rojo color de la epidermis inferia M. Gliddon, que únicamente el asfalto habia sido la sustancia empleada para el embalsamamiento; pero habiendo rascado un poco la superficie de la piel; con un instrumento de acero y echado al fuego el polvo así obtenido, notamos olor de alcanfor y gomas aromáticas.

Con escrupuloso cuidado registramos todo el cuerpo, en busca de señales que forzosamente debian haber dejado las incisiones practicadas para extraer las entrañas, pero grande fué nuestra sorpresa cuando ni rastro de ellas encontramos. Ninguno de nosotros sabiamos entonces que no es raro dar con momias enteras y sin incisiones. Sabiamos sí, que ordinariamente se extraia la masa encefálica por los narigales, y los intestinos por un costado, que el cuerpo luego se afeitaba, lavaba y salaba; que se le dejaba así por espacio de algunas semanas, y que entonces era cuando verdaderamente, comenzaba la operacion del embalsamamiento.

Como no encontráramos señal alguna de las tales incisiones, el doctor Ponnonner, preparaba ya sus instrumentos de diseccion; pero le hice notar que eran ya mas de las dos de la noche. Tuvo eco mi advertencia, determinamos suspender nuestras investigaciones hasta la noche siguiente é íbamos á separarnos, cuando uno de los compañeros nos apuntó la idea de que hiciésemos algunos experimentos con la pila de Volta.

Aplicar la electricidad á una momia, lo menos de tres ó cuatro mil años, era una idea si no muy insensata, á lo menos sobradamente original; y como tal la cogimos al vuelo. Para efectuar proyecto tan soberbio, en el que entraba por lo menos una décima parte de formalidad y nueve décimas de broma, montamos una batería eléctrica en el gabinete del doctor, y allí nos trasladamos con nuestro egipcio.

Muchos trabajos pasamos para descubrir alguna parte del músculo temporal, que nos pareció el de menos rigidez marmórea entre todos los del cuerpo, pero como natural y racionalmente esperamos, ningun indicio de susceptibilidad voltáica experimentó la víctima cuando la pusimos en contacto con el hilo eléctrico.

Este primer ensayo nos pareció decisivo y todos, riéndonos á careajadas de nuestro absurdo, nos dábamos ya recíprocamente las buenas noches, cuando por casualidad fijé la vista en los ojos de la momia, y en ella se me quedó clavada de espanto. La primera mirada me bastó para cerciorarme de que los ojos que nosotros creiamos de vidrio y que como tal se caracterizaron por su singular fijeza, se hallaban en aquel momento tan encubiertos por los párpados que solamente quedaba visible un poco de la túnica *albuginea*.

Lancé un grito, y llamé la atención sobre este hecho; que bien pronto fué para todos evidéntísimo.

No diré si este fenómeno me alarmó, porque tal palabra en este caso no seria precisamente la verdadera, la adecuada; pero tal vez me encontraría algun tanto nervioso. En cuanto á mis compañeros, ningun esfuerzo hicieron por ocultar su marcadísimo terror. El doctor Ponnonner daba lástima. M. Gliddon, no sé por qué secreto procedimiento habiase hecho invisible. Creo que M. Silk Buckingham no tendrá la audacia de negar, que á gatas se escondió debajo de la mesa.

(Se continuará.)

Naufragio de la Gorgone.

EL ALFÉREZ MAGE.

Una borrascosa tormenta como no se había visto en las costas de Francia desde 1788 acaba de sembrar la consternación en el litoral del Oeste. Durante muchos días no ha cesado un solo instante. Espantoso era el espectáculo que presentaba aquel mar embravecido, desencadenado, estrellándose contra las rocas de la extremidad de la Bretaña. El viento mugía, las nubes huían densas y rápidas; las olas se elevaban á alturas prodigiosas y abrían entre sí inmensos abismos, algunos de ellos hasta de 25 metros de profundidad.

Los ribereños presagiaban más de un accidente y eso que están acostumbrados á las iras del Océano; pero ¿quién podía creer la lamentable catástrofe de la *Gorgone*, la desaparición completa de un buque del Estado tripulado por hábiles marinos? Desgraciadamente, no cabe ya ninguna duda: la tripulación se componía de noventa y tres hombres y todos han perecido.

La *Gorgone* que, procedente de Tolon navegaba hacia algunos días en el Adriático, se esforzaba por llegar á Cherburgo, y ya una primera vez, sorprendida por un temporal fué á refugiarse en la Coruña: el 18 de diciembre salió de este puerto y podía haberse despedido de la tierra. El viento lejos de calmarse arreciaba. Desesperando sin duda de poder llegar salvos á Cherburgo y contando hallar un abrigo en la rada de Brest, los pobres marinos quisieron pasar al lado de Ouessant y penetrar en el estrecho que se abre al Sur del Cabo de San Mateo. La tormenta les arrojó á las *Peñas Negras*, escollos peligrosos y bien conocidos por los siniestros que ha habido en ellos. La *Gorgone* se hizo allí mil pe-

El alférez Mage, comandante del aviso del Estado *la Gorgone*.

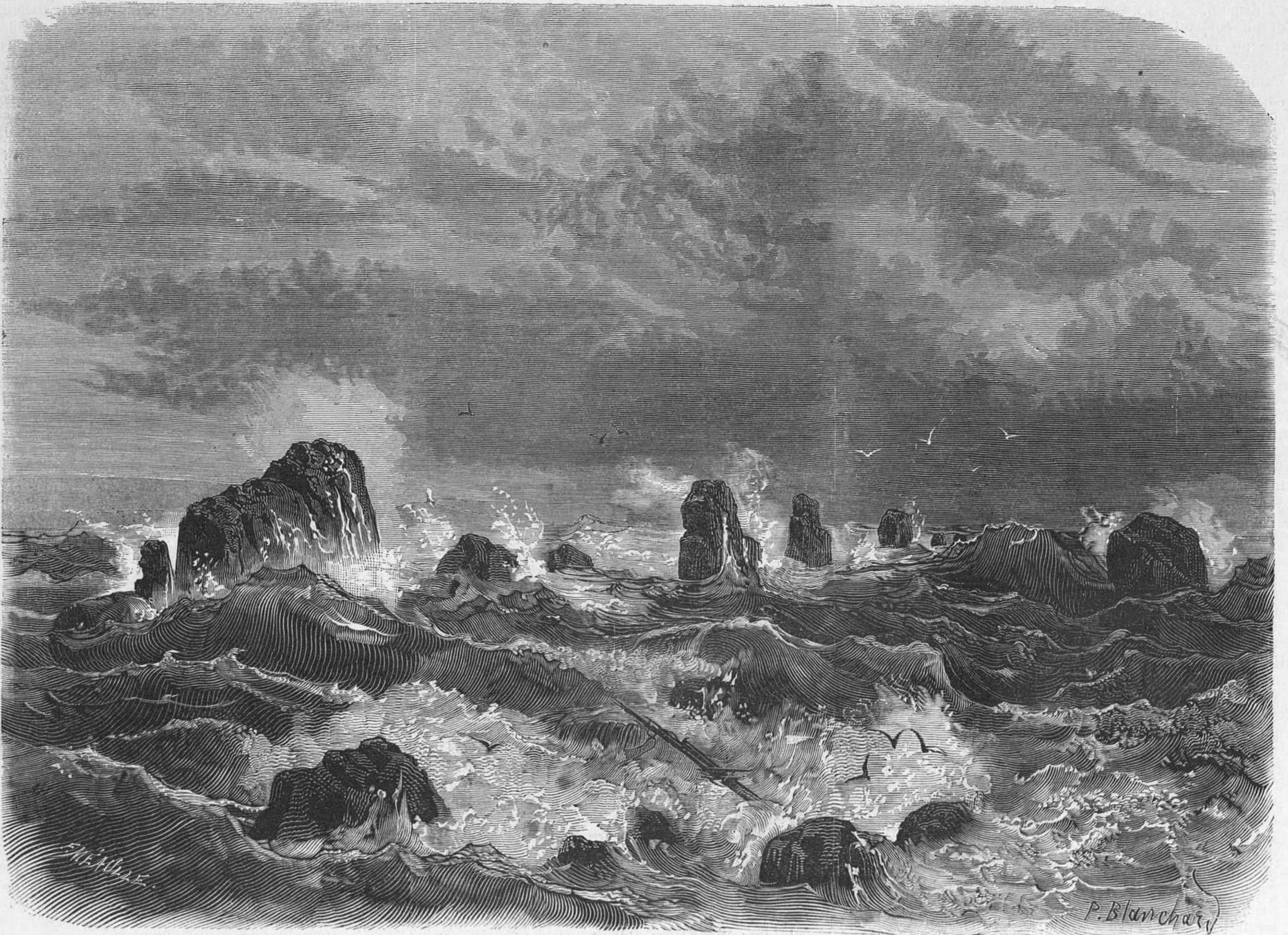
dazos, y este drama terrible tuvo efecto casi á las puertas de Brest, á pocos kilómetros de la orilla, en medio de la noche del 19 al 20. La oscuridad era completa. Las nubes estaban tan bajas que debieron ocultar la luz de los faros y contribuir á la catástrofe. Ni un solo testigo para describir este naufragio, el más cruel que haya

sufrido la marina imperial desde la pérdida de la *Semillante* que también se perdió completamente en las gargantas de Cerdeña.

Todas las pesquisas practicadas para descubrir la *Gorgone* han sido inútiles. La corbeta acorazada la *Belliqueuse* y el aviso de vapor el *Flambeau*, enviados á los lugares del siniestro por el vice-almirante Regnaud, han explorado las islas Molene, de Ouessant y de Beniguet y solo han encontrado al pie de las Peñas Negras algunos restos entre los cuales se cuentan quince sombreros de marineros con el nombre fatal de la *Gorgone*. La imaginación no puede entrever sin terror la súbita desaparición de ese centenar de hombres llenos de vida y de esperanza, que sucumbieron al furor de esas olas embravecidas.

Las Peñas Negras tienen toda una historia de funebres leyendas. En tiempo del primer imperio un buque de guerra inglés quiso, á favor de la niebla, penetrar hasta Brest, y quizás apoderarse de la ciudad con un atrevido golpe de mano. No conociendo la entrada, el capitán mandó á un prisionero, que era un piloto breton, que fuese á la barra, y por precaución puso á su lado dos soldados armados con pistolas y que tenían orden de levantarle la tapa de los sesos caso de que hiciera alguna falsa maniobra. La bruma era muy densa y el piloto breton dirigió el buque hacia las Peñas Negras, no vacilando en sacrificar su vida por patriotismo: con efecto, el buque inglés, destrozado, se hundió en las olas. El día siguiente hallaron el cadáver del desdichado piloto, que tenía abierto el cráneo con dos balazos.

Volvamos al naufragio de la *Gorgone*. Hé aquí los nombres de los oficiales que componían su estado mayor: Mage, alférez de navío, comandante; Le Brouster, alférez de navío, segundo comandante; Doulier y Napias, aspirantes; Banon, oficial de administración; Vallon, médico de segunda clase.

SINIESTROS MARÍTIMOS. — Las *Peñas Negras*, escollos en donde se perdió la *Gorgone* con toda la tripulación, en la noche del 19 de diciembre de 1869.

Mage era un oficial de un mérito extraordinario: gracias á una energía poco común, había sabido conquistarse en pocos años el primer puesto entre los viajeros franceses. ¡Y aun no había cumplido treinta y dos años! Era oficial de la Legión de Honor, alférez de navío desde 1864, con el grado de capitán de fragata: habría sido almirante á 40 años.

El valeroso marino había hecho sus primeras armas en el Océano Pacífico, las Antillas y el Báltico; pero en Africa, y principalmente en el Senegal, es donde debía adquirir su reputación. Protegido por el general Faidherbe que supo apreciar su carácter y su audacia, intentó varias excursiones hacia el interior de Africa.

En 1859 salvó á varios batallones franceses que en su intrepidez se hallaban condenados á una muerte inevitable. Después llegó resueltamente hasta el Níger, acompañado del doctor Quintin, y esta expedición, coronada con un gran éxito, le valió hace tres años el gran premio de la Sociedad de Geografía.

Mage había hecho mucho ya por el país y por la ciencia. Proyectaba grandes empresas. El Africa desconocida le atraía aun. De naturaleza algo inquieta, devorado por el deseo de afirmarse, pero sin apartarse nunca de la línea recta y no conociendo la intriga, Mage deja un recuerdo imperecedero y con él desaparece una de las glorias de la Francia. R. C.

Maravillas

DE LA ARQUITECTURA INDIA.

Al sentimiento religioso se debe la creación de la primera arquitectura: antes de construirse palacios, el hombre se hizo templos. Posteriormente los príncipes, queriendo pasar por los representantes de Dios en la tierra, se mandaron edificar suntuosas moradas que rivalizaban en belleza con los templos. También necesitaban adoradores.

Así pues, en todas partes los monumentos religiosos aparecieron antes que los palacios, y en la India, donde puede decirse que la teocracia está en el genio mismo de la nación, á menudo templo y palacio no constituyen mas que un solo edificio.

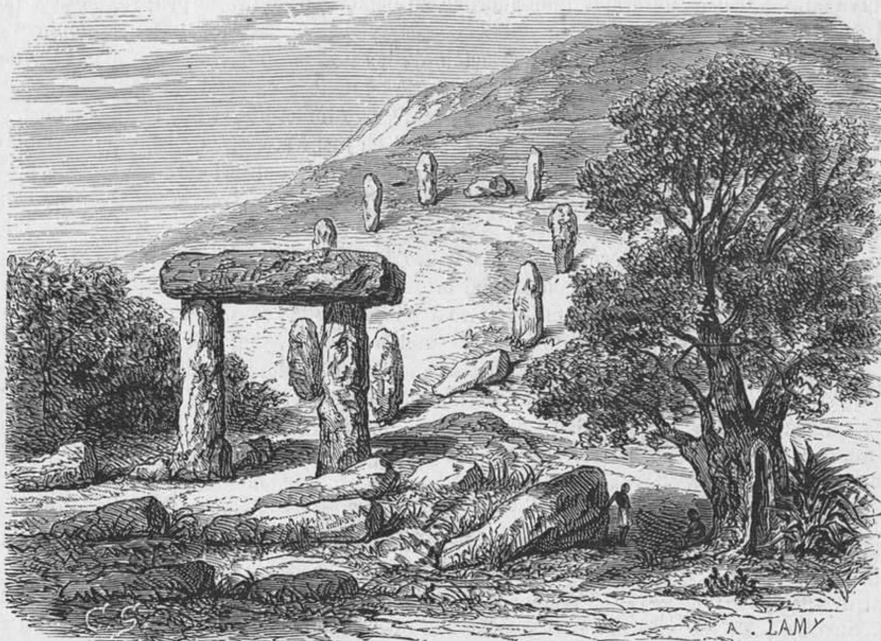
El Indostan ha continuado siendo la tierra de las maravillas; allí nos encontramos en la patria de las leyendas místicas, de las relaciones maravillosas, de las mas extrañas supersticiones, del décimo exagerado: la religión se desliza en todo. La naturaleza es el Dios del indio.

Encuentra el indio tantos prodigios en la naturaleza, tanta magnificencia, que se arrodilla delante de ella, confundiendo la creación con la fuerza creadora.

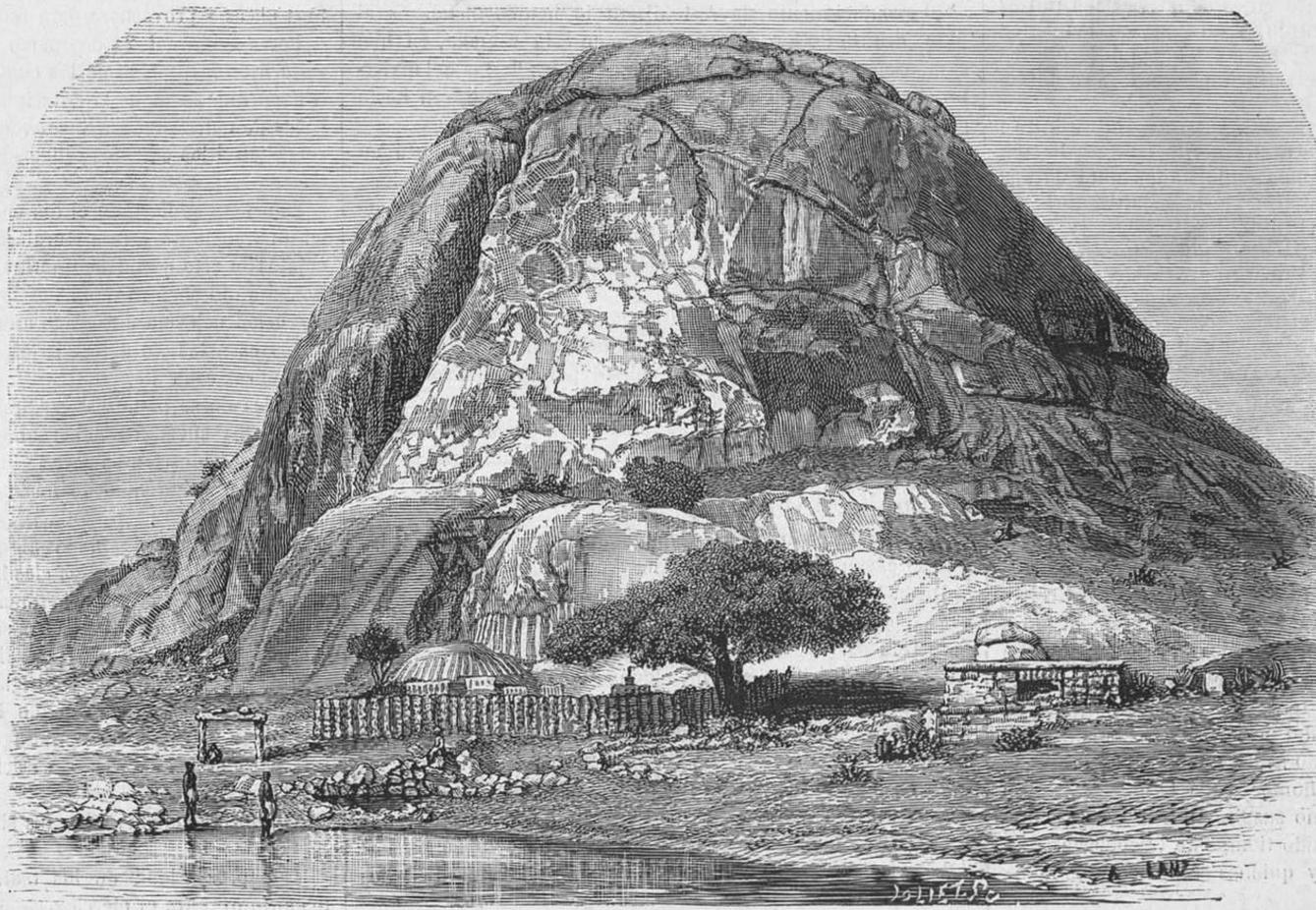
La arquitectura de los indios pone en evidencia todas sus tendencias: la piedra ha conservado el sello del carácter nacional mas arraigado que ha podido conocerse. Prodigalidad de ornatos, abundancia de figuras extrañas al parecer, pero perfectamente coordinadas, multiplicidad bien entendida de los detalles, sin alterar en nada la pureza de las grandes líneas; por último, conjunto armonioso, hé ahí lo que se observa en la mayor parte de los edificios.

También se refleja en ellos la vegetación de la India: la arquitectura, al menos en su infancia, es eco y espejo, eco de la imaginación popular, y espejo de la naturaleza.

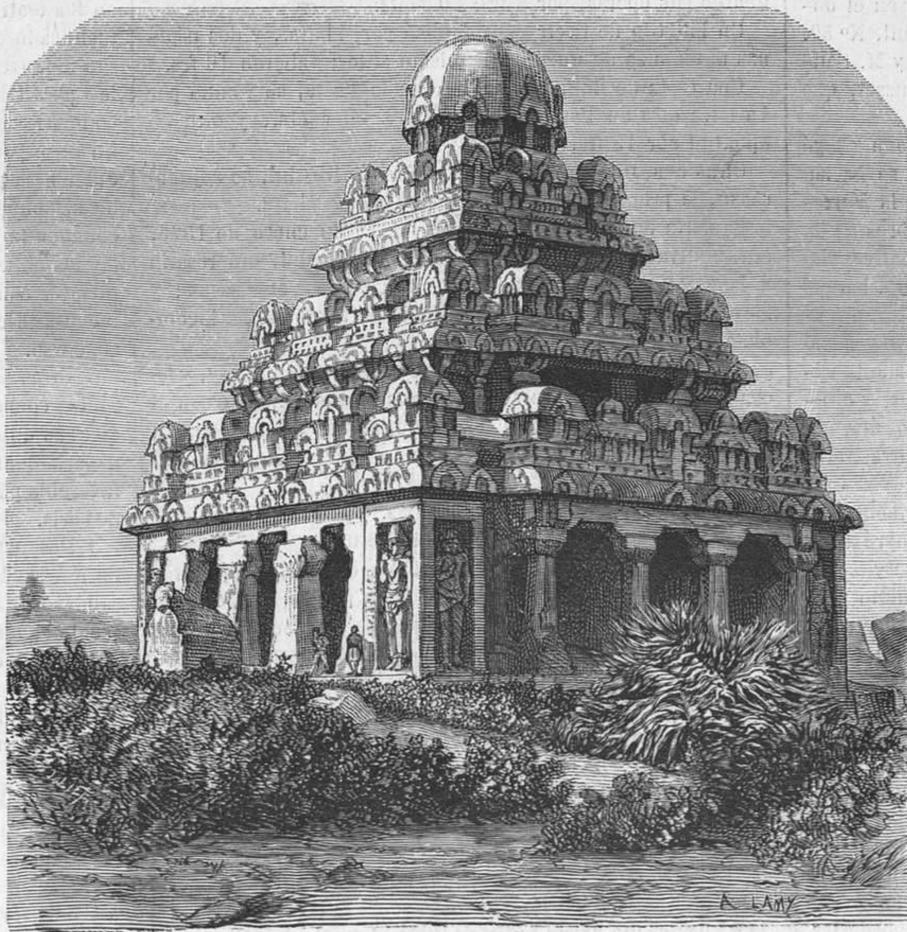
Véase el Egipto: por do quiera grandes líneas rectas, por un lado el Nilo,



MARAVILLAS DE LA ARQUITECTURA INDIA. — Piedras erigidas en los montes Khasias.



El Peñon de oro en el Tanjour.



Templo monolito á Seven-pagoda, cerca de Madras,

por otro el desierto, ninguna nube caprichosa en el cielo, sino algunas bandas encarnadas que rayan el ocase; la arquitectura, al parecer, no conoce otra cosa que las líneas rectas: acordémonos de los obeliscos, de las pirámides, de los templos de Tebas.

Ahora trasladémonos á Méjico: examinemos las ruinas del Chapas y de Yucatan; y veremos profusión, cuando no incoherencia de detalles, que recuerdan el aspecto de la vegetación; por todas partes las plantas se entrelazan, los árboles, casando su follaje, sirvieron de modelo, quizá sin que lo notaran los artistas. El arte suele ser una reminiscencia.

Si la India nos muestra tantos y tan espléndidos edificios, se debe pues á la naturaleza: ella guió á los desconocidos arquitectos, que sin duda dirigieron sus obras con tanto fervor y entusiasmo como los inspirados constructores de nuestras iglesias.

Gracias á M. Textor de Ravisi, antiguo funcionario francés en Karikal, tenemos á la vista una preciosa colección de fotografías que representan los asombrosos panoramas de una porción de templos, bajo-relieves y otras magníficas construcciones.

No hemos podido ver sin admiración esas fotografías, y nos prometemos que lo mismo les sucederá á nuestros lectores, cuando vean las exactas reproducciones que publicamos, en las que se advierte el carácter tan eminentemente notable de esos monumentos, de los cuales la mayor parte son sin duda muy anteriores á la época romana.

Tenemos pues á la vista un pasado que se despierta: generaciones enteras van á desfilar ante nosotros.

M. Textor de Ravisi ha estudiado particularmente la proximidad de su residencia, lo cual quiere decir, que sus exploraciones arqueológicas se han concentrado en la parte mas meridional del Indostan: subió el Cavery, y recorriendo la derecha

y la izquierda, logró hacer un cuadro completo de las maravillas de esos lugares.

Clasifica los monumentos en cuatro épocas: la primera corresponde á la erección de la piedra bruta, la segunda á la arquitectura monolita, la tercera, mas refinada, mas recargada de ornatos, es la arquitectura india propiamente dicha, porque expresa, en efecto, sin mezcla alguna, la inspiración popular; y la cuarta comprende la arquitectura india moderna, menos original, y las arquitecturas rivales, debidas á los conquistadores modernos de la India, los maratas, los mongoles y los europeos.

La primera época, la de la piedra bruta, es una de las que mas se prestan á los comentarios.

Por ejemplo, al ver esas piedras erigidas en los montes Khasias, ¿no se creeria uno en medio de la Bretaña, en presencia de las ruinas célticas? ¿no es un verdadero dolmen ese trapecio de piedras monumentales? ¿Esas rocas corroidas circularmente no recuerdan los peulvens druidicos?

Sabido es que los lengüistas señalan un estrecho parentesco entre los habitantes de la India y los de la mayor parte de Europa: los arias se habrían extendido desde el Ganges hasta los últimos confines de Occidente. El arqueólogo parece apoyar aquí con pruebas palpables las conjeturas de la lengüística. Con efecto, al primer pronto se diría que esas piedras han sido elevadas por los hermanos de los celtas.

Posible es que una mancomunidad de origen haya conducido á esos pueblos á iguales resultados. Sin embargo, es de presumir que en todas partes los primeros monumentos fueron algunas piedras elevadas, algunas rocas aglomeradas unas sobre otras. Las manifestaciones primitivas de los pueblos, como el tartamudeo de los niños, deben ser en todas partes lo mismo.

¿Es verosímil que el hombre, pasando sin transición del estado salvaje á la civilización, haya comprendido desde luego el arte arquitectónico? Lo cierto es que encontramos precisamente la huella de sus primeros pasos indecisos y penosos en la mayor parte de las naciones hoy civilizadas.

Hé aquí lo más probable: el hombre de aquellos tiempos primitivos envolvió en un pensamiento religioso esos trozos erráticos que á nosotros nos parece fueron arrastrados por un poder divino. La superstición se mezcló en ellos, y los convirtió en ídolos y en altares, y quizás los menhirs parecía que transmitían al cielo las oraciones.

La arquitectura monolita pertenece evidentemente á la segunda etapa, y ella sucedió á la época de la erección de la piedra bruta. Como el ignorante escultor culpado con la navaja estatuillas en la madera, sin pensar en hacerlas á piezas para unir las después, así los constructores de aquella edad primitiva todavía contaron sus templos en medio de un monte á cielo abierto. Seven-pagoda, cerca de Madras, es un ejemplo de esto que decimos: allí donde se eleva un edificio hubo una especie de choza de piedras.

Examinemos ese peñón de oro de Tanjour, que es, digámoslo así, un monumento en expectativa: los indios quisieron abrir en él un templo, y aun se ven las señales del cincel y del martillo; pero se suspendieron las obras, porque notaron que el enorme peñasco era defectuoso.

Seven-pagoda presenta un aspecto muy interesante: figúrese el lector un enorme monumento colosal de una sola pieza, y cuyas paredes están adornadas con estatuas gigantes de estilo egipcio, todo ello levantándose en una elegante pirámide á más de 50 metros de altura.

Esas ruinas, que nos trasportan á siglos tan remotos, forman parte de los vestigios de Mahabali-Puram.

R. C.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Está visto que la política ha de invadir la crónica. No hay más remedio pues que resignarse y cederla el paso. El lunes 10 de enero un suceso inesperado, que reconoce por causa las cosas políticas, ha venido á conmover á la población parisiense. Parece ser que en la tarde del citado día, varias personas vieron salir de la casa del príncipe Pedro Bonaparte á un hombre que gritaba diciendo: que asesinaban en aquella casa. Al mismo tiempo otro hombre salía también, y á pocos minutos exhalaba el último suspiro en una botica contigua adonde apenas habían tenido tiempo de trasladarle.

¿Qué había ocurrido pues, y quiénes eran estos dos hombres?

M. Ulrico de Fonvielle hace la siguiente relación de tan deplorable acontecimiento.

M. de Fonvielle y M. Victor Noir se presentaron en el domicilio del príncipe Bonaparte, calle Mayor de Auteuil, N.º 59, dejando fuera á sus dos compañeros, M. Grousset y M. Sauton, y le entregaron una carta de M. Paschal Grousset, que indicaba el motivo de su visita.

El príncipe, dice la reseña, se acercó á una ventana y leyó la carta, y después preguntó á los dos visitantes si se hacían ellos responsables de lo que escribía el redactor de la *Marseillesa*, M. Henri Rochefort, contra todos los miembros de la familia Bonaparte, y M. Victor Noir respondió afirmativamente, y añadió que él, por su parte, estaba dispuesto á batirse con el príncipe.

Entonces, continúa M. Ulric de Fonvielle, el príncipe dió un bofetón á M. Victor Noir, y casi en el mismo instante sacó un revolver del bolsillo, apuntó á su interlocutor, y aunque falló el primer tiro, al segundo le dejó herido mortalmente, y no vivió más que el tiempo que tardó en arrastrarse hasta la calle.

La relación concluye diciendo que después el príncipe dirigió su arma contra M. Ulric de Fonvielle, quien logró deslizarse detrás de un sillón; que aunque trató de servirse de un arma que llevaba, tuvo bastante presencia de ánimo para abstenerse, y en fin, que consiguió tomar la puerta, aunque no sin haber recibido un balazo que hizo un agujero en su paletó sin tocar á su persona.

Entonces bajó corriendo fuera para pedir socorro á sus amigos M. Sauton y M. Paschal Grousset, que esperaban delante de la casa el resultado de los pasos que daban los padrinos de M. Grousset.

Hé aquí ahora la versión del príncipe Pedro Bonaparte:

A consecuencia de algunas explicaciones cortas, pero animadas, que tuvo con M. Victor Noir, este le dió una bofetada, y entonces, hallándose en el caso de legítima defensa, el príncipe descolgó precipitadamente una pistola de uno de los

trofeos de armas que adornan su habitación, y tiró el pistoletazo.

Hasta aquí la doble relación de los hechos que consignamos con toda reserva, pues es conveniente esperar el resultado de la información que, por decreto imperial del día 11, se ha encomendado al alto tribunal de justicia.

El príncipe se encuentra ya detenido en la Conserjería.

Sobre los antecedentes del asunto podemos decir lo siguiente:

El 9 de enero el príncipe Pedro Bonaparte envió á M. Rochefort una carta, en la cual le pedía satisfacción por los insultos estampados en su periódico la *Marseillesa* contra el emperador y los miembros de la familia imperial, y en ella echaba en cara á M. Rochefort que «le había insultado personalmente por la pluma de uno de sus *manœuvres*.»

Ahora bien, el 10 de enero se presentaron en casa del príncipe, M. Victor Noir y M. Ulric de Fonvielle, como padrinos de M. Paschal Grousset, que era el que había firmado el artículo en cuestión, y ocurrió lo que hemos referido.

El príncipe Pedro Napoleón Bonaparte, nacido en Roma el 12 de setiembre de 1815, es el tercer hijo de Luciano Bonaparte. Fué miembro de la Asamblea constituyente en 1848 por la Córcega, y después de la Legislativa por los departamentos de Córcega y del Ardeche.

M. Victor Noir, colaborador de Rochefort, era un joven alto y corpulento que no había cumplido todavía los veinte y un años. Dícese que debía casarse el día 11 de enero.

El acontecimiento de Auteuil, ya lo hemos dicho, es el único asunto de las conversaciones en esta semana, en que comenzaban ya á salir los programas de las fiestas del invierno. Es de creer que al menos las oficiales se retrasen hasta el resultado de la información pendiente.

Sin embargo, ya el «todo Paris» de las crónicas está en Paris, y no se resignará á pasar muchos días en el silencio.

También esta es la época en que se hacen grandes negocios en cosas de artes y curiosidades en el hotel Drouot, esa eterna almoneda de cuantos objetos son susceptibles de entrar en el comercio.

Sabido es que la manía de formar colecciones ha tomado proporciones inusitadas en estos últimos años.

Puede decirse que no hay objeto, por insignificante que sea, que no excite la afección del coleccionista.

Entre ellos, el de los autógrafos figura en primera línea.

Hay colecciones de autógrafos de poetas, de músicos, de artistas, de hombres de Estado, de criminales, en suma, de notabilidades de toda especie.

Y ¡cosa singular! los autógrafos de compositores son los que se pagan más en el mercado.

Dicen los coleccionistas franceses que una carta de Boieldieu se paga de 15 á 30 francos, y las de Mehul valen de 50 á 80 francos.

A este propósito citaremos algunas partidas de una venta que acaba de tener lugar, y en la cual los coleccionistas se han disputado diferentes autógrafos de músicos célebres.

Verdad es que algunas de estas cartas han obtenido precios ínfimos, como por ejemplo: Listz, 3 frs. 50 cént.; Lablache, 4 frs.; Giovanni Paccini, 5 frs.; Paganini, 2 frs. 50 cént. y 5 frs.; pero también debemos decir que no solo se paga el autógrafo, sino su contenido, y el de los billetes aquí citados era insignificante.

Hubo comprador para una carta de Donizetti, en la cual el célebre maestro ofrecía entradas para la representación de una de sus óperas, por 8 frs. 50 cént.

Un billete de Gretry se adjudicó por 11 frs., y dos páginas autógrafas de música del mismo autor; valieron 16 frs.

Una carta de Bellini al marido de la Pasta, se vendió por 14 frs.; otra de Passiello por 11 frs. 50 cént., y otra de Spontini por 15 frs. 50 cént.

Otras dos, una de Meyerbeer y otra de Rossini, se adjudicaron, la primera por 18, y la segunda por 21 frs.

La carta de Meyerbeer, fechada el 19 de enero de 1825, era relativa á su ópera el *Crociato*, que Rossini, empresario á la sazón del Teatro Italiano, quería poner en escena; y Meyerbeer se oponía, diciendo que la partitura estaba incompleta y trunca.

La de Rossini, dirigida al ministro de la casa del rey, y fechada el 13 de abril de 1827, se refería á su contrato con el ministro sobre la dirección de la música del Teatro Italiano, discutía las condiciones é insistía por obtener una pensión vitalicia de 6,000 frs.

Dos cartas de Herold, la una 68 frs. y la otra 55 frs.

Es verdad que su contenido es interesante.

En la primera (4 de enero de 1822), después de quejarse del abandono en que dejan sus óperas, que le han costado tantos años de trabajo, dice que sin creer que sus obras son mejores de lo que son en realidad, le parece que tampoco son dignas de un olvido total, y sobre todo pide á sus jueces (los empresarios de la Ópera Cómica) que no le condenen en la sombra, sino haciendo partícipe al público de su sentencia.

La otra versaba sobre el mismo asunto, y estaba escrita todavía con más amargura.

Finalmente, en la misma almoneda se adjudicaron cartas muy importantes de Balzac, de Beranger, de Helvetius, de Mabilion, de Médecis, de Mirabeau, de Montesquieu, etc., que todas ellas alcanzaron buenos precios.

La afición que existe en Paris á las letras y las artes, ex-

plica y justifica este interés que inspiran los autógrafos de los hombres célebres.

El gobierno, naturalmente, fomenta esta inclinación natural, que tanto redundará en la civilización y cultura de los pueblos.

Justamente tenemos á la vista, en el cuadro oficial que todos los años sale á luz sobre la situación del imperio, el capítulo consagrado á las bellas artes, que encierra datos curiosos sobre este punto, y que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

El servicio de bellas artes ha empleado este año, como los anteriores, una parte importante de los fondos destinados á fomentar, por medio de compras, la pintura, la escultura, el grabado, etc. En la última exposición se gastaron 393,000 frs. por ciento cuarenta obras de pintura y de escultura.

Las galerías del Louvre, del Luxemburgo y de Versalles se han enriquecido con obras nuevas, y por otra parte, la administración ha concluido ó emprendido obras importantes de pintura decorativa.

La escultura, el grabado y la litografía no han sido olvidados, pues se han hecho importantes adquisiciones de obras concernientes á los tres ramos.

Fiel á su misión de tratar de propagar en todas las partes del imperio la afición á las artes, la administración ha continuado enviando á los museos y á los edificios religiosos de los departamentos, una gran parte de las obras adquiridas.

Pero ahora está preparando, añade el informe, una medida más eficaz y provechosa para esos establecimientos.

Por decreto del 24 de marzo último, se ha mandado que se forme un catálogo de los cuadros y otros objetos que constituyen una parte de la dotación de la corona, y son susceptibles de entregarse sin inconveniente al Estado para que se concedan á los edificios religiosos y á los museos departamentales.

Esta lista se hace en el día con toda la diligencia que cabe en un trabajo de esta naturaleza, pues la elección entre los objetos de arte que deben permanecer en las galerías del Louvre, ó que deben salir de ese gran museo nacional, es una operación delicada que exige minuciosas precauciones.

Las escuelas de Bellas Artes cuentan con una protección más eficaz cada día.

Varias obras históricas y literarias han continuado recibiendo los subsidios gubernamentales, y se han repartido más de mil doscientas obras entre las bibliotecas públicas y otros establecimientos de instrucción durante el curso del año.

Continuamente se piden al gobierno subvenciones para restaurar antiguos edificios clasificados en el número de los monumentos históricos de Francia.

Ahora bien, el informe dice sobre este punto que las restauraciones emprendidas por dictamen de la comisión de monumentos históricos y dirigidas por arquitectos experimentados, siguen produciendo los mejores resultados, pues devuelven con una escrupulosa exactitud á las construcciones de todas las épocas su carácter propio y su belleza primitiva.

El informe concluye con los siguientes párrafos relativos á los teatros.

«La prosperidad de los teatros que pareció decaer un instante durante el ejercicio de 1868, se ha afianzado desde hace un año y hasta ha tomado un nuevo vuelo. Varios triunfos brillantes y de buena ley, obtenidos principalmente en los teatros imperiales subvencionados por el Estado, han justificado el favor del público.

» Los tres concursos de música instituidos en la Ópera, en la Ópera Cómica y en el Teatro Lírico Imperial en favor de compositores franceses se hallan completamente terminados. En un espacio de tiempo de seis meses se han examinado doscientas partituras con una escrupulosa atención y un celo incansable por los jurados á quienes los opositores habían confiado la delicada misión de juzgarlas. La representación de las obras premiadas tendrá lugar próximamente en las mejores condiciones posibles y no será sin duda el conocimiento de esas tres obras el único resultado de aquel triple concurso.

» Otras partituras se han señalado como notables por diferentes conceptos y en diversos grados, y puede esperarse que algunas de ellas saldrán á luz en los grandes teatros de los departamentos, cuyos empresarios tendrían así una ocasión favorable para rivalizar en el interés del arte, con los teatros de Paris.

» Después de haber tratado de facilitar á los compositores de música la entrada de la carrera, creando para ellos unas salidas que antes les faltaban, la administración ha querido secundar también cuanto estaba en su mano, á los escritores dramáticos dándoles nuevas garantías para la recepción de sus obras. Con este fin el comité de lectura del Teatro Francés se ha organizado y se han tomado medidas particulares para que también en el Odeon el examen de las piezas presentadas tenga lugar en lo sucesivo con el mayor cuidado y la mayor rapidez posible.

» Nada se ha descuidado, pues, de cuanto parecía entrar en el interés de los autores dramáticos y los músicos: la prosperidad general de los teatros aprovechará estas medidas y para favorecer aun más el desarrollo de esa industria, hoy sin cortapisas, se ha instituido una comisión que estudiará las

cuestiones relativas á la percepcion del impuesto establecido en los teatros y otros espectáculos en favor de los indigentes. »

Poco espacio nos queda para hablar de las funciones de la semana; pero verdad es tambien que no tenemos que señalar muchas novedades.

La principal de todas ellas es la representacion de la *Bohemienne*, música de Balfe, en el Teatro Lírico, ópera bastante conocida en los teatros de Europa con diferentes títulos: en España se representó con el de la *Gitana*.

El mérito de esta partitura es que ofrece el corte de la música italiana y está escrita enteramente al gusto italiano, es decir, que abundan en ella las melodías. Hay árias, duos, cuartetos que el público hace repetir con justicia, en una época como esta en que los compositores sustituyen la inspiracion con lo que llaman ciencia armónica.

Los cantantes no desmerecen en la interpretacion, y la *Bohemienne* dará seguramente una buena serie de representaciones.

El espectáculo en boga en estos primeros dias del año, es el que ofrecen esas revistas en donde se hace la oracion fúnebre, á veces bien risible, del año difunto.

La principal esta vez es la del Chatelet *Paris-Revue*, cuatro actos y veinte y seis cuadros, de los señores Clairville, Siraudin y Busnach, tres maestros en el arte de hacer reír á los parisienses. No han faltado en su nueva obra á su mision y el público, pasa, en efecto, un rato divertido, sin contar con que además el espectáculo ofrece grandes seducciones á la vista. El aparato escénico es soberbio, quizás inusitado en esta clase de funciones, pues mas propio parece de una gran comedia de magia que de una revista.

Nuestros lectores se podrán formar alguna idea de lo que es *Paris-Revue*, echando una ojeada á las dos páginas 76 y 77 en que nuestro dibujante ha trazado en estilo caricaturesco varios de los principales episodios que la componen; es una vista de la pieza entre bastidores, digámoslo así, lo cual ofrece un atractivo nuevo.

En el teatro Italiano se anuncia *Don Giovanni* con lo mas escogido de la compañía: la Krauss, la Sabatti y la Sessi, con Bonehée, Nicolini y Verger; la semana próxima diremos á nuestros lectores qué éxito ha tenido la interpretacion de esa obra maestra.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

VISION DE SAUL.

(RELACION BÍBLICA.)

I.

Cubre gente de guerra la llanura
Que limita el agreste Jelboé:
Entre la sombra de la noche oscura
Vela sobre sus armas Israel.

El enemigo, en número mas fuerte,
En el vecino campo de Sunam
Vela tambien. El ángel de la muerte
Sobre ambos campos vigilando está.

Siente Saul el frio del espanto
Que hiela su agitado corazon,
Y vierte de sus ojos duro llanto
Y se aumenta en la sombra su dolor.

« ¿Dónde está el Dios, prorumpe, que algun día
Mi brazo en las batallas dirigió?
¿Por qué calla la santa profecía?
¿Por qué el Dios de Israel enmudeció? »

« En vano sus altares con ofrenda
De oro y de rica púrpura cubrí;
Él aparta sus ojos de mi senda,
Y me huye, está irritado contra mí. »

« Pues el Dios de mis padres me abomina
Yo depondré mi ofrenda en otro altar:
Traedme la mas célebre adivina
Que yo quiero su ciencia consultar. »

Dijo el rey y sus siervos lo llevaron
A la adivina célebre de Eudor:
¡Alta noche era ya cuando llegaron!
La grande oscuridad daba pavor.

II.

Díjole la mujer: « entre la sombra,
¿Qué imagen de otro mundo quieres ver?
¡Vendrá ella al punto si mi voz la nombra! »
Y respondió Saul: « Quiero á Samuel. »

Hubo un momento de silencio: ella
Murmuró á media voz en lento son,
A guisa de tristísima querella,
Una doliente y lúgubre cancion.

Al conjuro fatídico evocada
La imagen de un anciano apareció,
Pálido el rostro, torva la mirada.
Alta la frente y trémula la voz.

Era Samuel. — « ¿Por qué me has inquietado?
Dijo mirando con dolor al rey:
« ¿Por qué del sueño eterno me has llamado
Haciéndome en la sombra aparecer? »

Cayó postrado hasta tocar la tierra
Reverente Saul, y respondió:
« Mis enemigos mueven cruda guerra
A mis pueblos, y Dios me abandonó. »

« Sin él, y amenazado de la muerte
Con miedo siento el corazon latir:
¿Qué hacer entonces en mi triste suerte
Si todos se conjuran contra mí? »

« Yo te he invocado en mi pesar impio;
Profeta de Israel, ténme piedad:
Calma la angustia atroz del pecho mio
Y alza tu voz para aplacar mi afan. »

¡Quietud profunda en derredor reinaba...
Ni una brisa, ni un eco, ni un rumor!
Largo silencio entre los dos mediaba,
Trémulo el rey, sombría la vision.

Habló al fin el fantasma: « Te abandona
El Dios airado y justo de Israel;
Rompe tu cetro, y rompe la corona
Que ya no mas ha de ceñir tu sien. »

Pues el día de su ira no atendiste
Contra Amalech á su irritada voz,
Él te condena al sufrimiento ¡ay triste!
Y á otro tu reino y tus riquezas dió. »

« Entregaré tu campo al enemigo
Que á torrentes la sangre verterá,
Y tú y tus hijos estareis conmigo
Mañana en el silencio sepulcral! »

Habló el profeta. — Y en la sombra oscura
El fantasma fugaz desapareció:
Nada mas vió Saul; en su amargura
Sintió crecer su lúgubre terror.

Tendió los ojos con espanto heridos
Queriendo un rayo de esperanza hallar:
Cielos sin luz y fúnebres gemidos
Solo halló en el desierto de su mal.

III.

Resuenan las trompetas: á la guerra
Convocan á los hijos de Israel;
Y se riega con sangre la ancha tierra.
En la falda fatal de Jelboé.

Desmayan los valientes corazones
De los hijos queridos del Señor,
Y, rotos y abatidos sus pendones,
Huyen en miserable confusion.

Sañudo el rey, el alma acongojada
Por la derrota y su afliccion tenaz,
« ¡Oh! ¡dadme, dice, mi infeliz espada,
Que ella á librarme de mí mismo va!

» ¡Antes que el enemigo me dé muerte
Haciendo escarnio sin piedad de mí,
Daré en mi corazon el golpe fuerte! »
¡Y airado hiere el corazon viril!

¡Cae Saul; su frente enrojecida
Se cubre de profunda palidez!...
Sus ojos apagados y sin vida
Guardan aun fiereza y altivez.

En tanto el viento rebramar se oía
En medio de la inmensa oscuridad,
Y el nombre de un conjuro parecia
Sobre sus alas tremulas rodar

Era el conjuro que invocó profano
La sombra veneranda de Samuel:
Vino el profeta, mas no vino en mano,
En la honda noche á visitar al rey.

EL ARPA ABANDONADA.

El arpa que en dulce nota
Ayer los aires hirió,
Hoy de sus cuerdas no brota
Ni himno, ni son.

Está triste, abandonada,
Rotas sus cuerdas están;
¡Su armonía delicada
Fué bien fugáz!

¡Hoy se enluta en sombra oscura!
Se enluta, y arrancó ayer
En brazos de la hermosura
Himno al placer.

Que la virgen inocente
Que le daba inspiracion,
Lirio abatido, su frente
Rindió al dolor.

¡Cubrió crespón de agonía
Su mirada angelical,
Y en lejana tumba fria
Fué á descansar!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

El nuevo ministerio francés.

El día 3 de enero el *Journal officiel* publicaba los decretos nombrando el nuevo ministerio en esta forma:

M. Emilio Ollivier, ministro de la Justicia y Cultos; conde Napoleon Daru, Negocios extranjeros; M. Chevandier de Valdrome, Interior; M. Buffet, Hacienda; general Lébeuf, Guerra; almirante Rigault de Genouilly, Marina y Colonias; M. Segrís, Instruccion pública; marqués de Talhouet, Obras públicas; M. Louvet, Agricultura y comercio.

Separándose por un decreto el ministerio de Bellas Artes del ministerio de la Casa del emperador, son nombrados el mariscal Vaillant, ministro de la Casa del emperador, y M. Mauricio Richard, ministro de Bellas Artes.

Queda suprimido el ministerio de la presidencia del Consejo de Estado, y se nombra presidente de este alto cuerpo á M. Parieu.

El decreto en que se nombra á M. Emilio Ollivier ministro de la Justicia, está refrendado por M. Duvergier y los demás por M. Emilio Ollivier.

El recibimiento que la opinion pública ha hecho al nuevo gabinete ha sido extraordinario y altamente satisfactorio. En los círculos políticos, se nota una animacion y un movimiento de que no es posible dar idea. Una revolucion violenta llevada á cabo en las calles no hubiera producido una conmocion tan general ni tan profunda. Bien es verdad que no hubiese producido un cambio mas completo. Ha terminado el régimen autoritario; el gobierno parlamentario se establece victoriosamente sobre sus ruinas, y todos los periódicos, hasta los que no simpatizan con las convicciones religiosas de la mayor parte de los ministros, dicen sin embozo que al menos todos son liberales sinceros y hombres honrados. « Por fin, exclama un periódico independiente, por primera vez de veinte años acá, tiene la Francia un ministerio compuesto enteramente de hombres distinguidos. »

Hé aquí algunos apuntes biográficos sobre los miembros del ministerio que acaba de constituirse.



M. Buffet

M. de Parieu,
M. Napoleon Daru.

EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS. — Reunion de los ministros que componen el nuevo gabinete.
El almirante Rigault de Genouilly. M. de Talhouet. M. Louvet.
M. Mauricio Richard. M. Chevandier de Valdrome. M. Segrís.

M. Emilio Ollivier.

El general Leheuf.

M. OLLIVIER (Emilio Ollivier). Nació en Marsella el 2 de julio de 1825. Inscrito en el foro de París en 1847, fué, en 1848, nombrado por el gobierno provisional, comisario general de la República en Marsella, luego prefecto en Langres y volvió al foro en 1849.

Presentado como candidato de la oposicion en París, en las elecciones de 1857, formó, hasta el año 1859, parte del grupo dicho de los cinco, y tomó la palabra en la mayor parte de las discusiones políticas. Reelegido como diputado en París en 1863, comenzó, desde los primeros meses de la legislatura, á separarse de sus antiguos amigos políticos. Esta escision se acentuó con ocasion de la ley sobre las coaliciones (1865), cuyo relator fué. El papel que ha representado en estos cuatro últimos años se halla todavía demasiado presente para que tengamos necesidad de señalarlo; nos limitaremos á recordar que su último discurso en la legislatura de 1863, fué dirigido contra las candidaturas oficiales (12 de abril de 1869). En el mes de mayo de 1869, sus amigos comitentes, ante los cuales se habia vuelto á presentar, dieron la preferencia á M. Bancel, pero M. Ollivier volvió á entrar en el Cuerpo legislativo como diputado del Var.

El nuevo ministro de la Justicia y de Cultos se casó hace dos meses con una jóven perteneciente á una rica familia de armadores marseleses.

Su padre, M. Demóstenes Ollivier, antiguo representante del pueblo, tiene setenta años de edad y vive, cerca de Cannes, en un retiro casi absoluto.

M. Ollivier no está condecorado con ninguna orden.

M. CHEVANDIER DE VALDROME. El nuevo ministro del Interior, es diputado de la Meurthe y vice-presidente del Cuerpo legislativo.

Jóven todavía, de carácter benévolo y aun jovial, M. Chevandier de Valdrome solo cuenta amigos entre sus colegas. Signatario de la famosa enmienda de los 45, es él quien ha sido uno de los promotores de la interpelecion de los 116 y del programa de los 141.

M. Chevandier de Valdrome parecia haberse consagrado hasta ahora al estudio de las cuestiones agrícolas y forestales.

M. DARU (el conde Napoleon), sucesor del príncipe de la Tour de Auvergne en el ministerio de Negocios extranjeros, es el hijo del célebre historiador y hombre de Estado, cuyo nombre quedó ligado al reinado de Napoleon I. Nacido en París en 1807, el señor conde Daru fué tenido en las fuentes bautismales por Napoleon I y la emperatriz Josefina. Salido de la Escuela politécnica en 1825, fué admitido en la artillería y sirvió algun tiempo en Argelia.

En 1834 entró en la Cámara de los pares por derecho hereditario, y se ocupó especialmente de todo lo referente á las Obras públicas. Un tratado razonado de la aplicacion y de las consecuencias de la ley de 11 de junio de 1844, que salió á luz con el título: *los Caminos de hierro*, y numerosos é importantes informes en la Cámara le crearon un lugar distinguido en la economía política.

En 1847, el conde Daru dió su dimision de capitán de artillería.

Después de la revolucion de febrero, hizo acto de adhesion al régimen republicano, y los electores del departamento de la Mancha, donde posee grandes propiedades, le escogieron dos veces seguidas para representante.

En la Constituyente, su celo solicitó tambien mas particularmente la seccion de Obras públicas; sus votos apoyaron casi siempre al partido republicano moderado.

Elegido vice-presidente de la Asamblea legislativa para 1850 y 1851, fué uno de los miembros mas celosos del comité de la calle de Poitiers. Cuando se dió el golpe de Estado del 2 de diciembre, figura en el primer rango de los promotores de la resistencia legal, y presidió al efecto la reunion histórica de una parte de los representantes, en la alcaldía del 10º distrito.

Preso el 3 de diciembre de 1851, el conde Napoleon Daru sufrió algunos dias de detencion en Vincennes.

Desde esta época, volvió á entrar en la vida privada, y no ha salido de ella hasta las últimas elecciones, como diputado de la Mancha.

La influencia que se ha adquirido rápidamente en la Cámara se ha traducido por su reciente nombramiento á la vice-presidencia.

El señor conde Daru es miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, desde 1860; es además oficial de la Legion de Honor.

M. Daru pasa por ser uno de los amigos mas íntimos de M. Thiers.

M. BUFFET (Luis José), que sucede al honorable M. Magne en calidad de ministro de Hacienda, tiene cincuenta y tres años de edad. Hijo de un antiguo oficial del imperio, que habitaba en Mirecours (Vosges), M. Buffet ejercia la profesion de abogado, cuando fué enviado á la Constituyente por 73,761 votos como representante del departamento de los Vosges. Adversario decidido del socialismo, se sentó en los escaños de la derecha, y después de la eleccion del 10 de diciembre, se adhirió al gobierno de Luis Napoleon. Nombrado el 29 de diciembre de 1848 ministro de Agricultura y Comercio, en reemplazo de M. Bixio, M. Buffet dió su dimision el 30 de octubre del año siguiente.

Reelegido representante en la Asamblea legislativa, formó parte de la comision que elaboró el proyecto de ley de 31 de mayo. Nombrado de nuevo ministro en el gabinete constituido el 10 de abril de 1851 por M. Leon Faucher, hizo dimision de su cartera en cuanto el presidente de la República se pronunció por la abrogacion de la ley de 31 de mayo.

Vuelto á la vida privada después del golpe de Estado

de 1851, fué elegido diputado de los Vosges en 1863 y reelegido en 1869. El mas célebre de sus discursos públicos ha sido el que publicó hace cuatro años para sostener la enmienda dicha de los cuarenta y cinco. Casi siempre ha tomado la palabra en las discusiones del presupuesto.

M. Buffet es caballero de la Legion de Honor.

M. SEGRIS, el nuevo ministro de Instruccion pública, tiene cincuenta y siete años. Diputado del Maine y Loira desde 1859, M. Segris es uno de aquellos cuya palabra tiene mas autoridad en la Cámara.

Habla rara vez y se le dice dotado de una timidez excesiva; pero cuando se decide, á intervenir en una discusion, es raro que su opinion en servicio de la cual pone una elocuencia real, no sea bien apreciada por la mayoría de sus colegas.

M. LOUVET, que ha aceptado la cartera de Comercio y de Agricultura, nació en Saumur el 26 de octubre de 1805. Alcalde de su villa natal durante la monarquía de julio fué en 1838 representante del departamento de Maine y Loira. Reelegido en la Asamblea legislativa, sostuvo enérgicamente la política del presidente Luis Napoleon, y después del golpe de Estado, fué nombrado diputado al Cuerpo legislativo por la circunscripcion de Saumur.

Siempre ha representado el departamento de Maine y Loira en las legislaturas que se han seguido desde esa época.

M. Louvet ha ejercido, hasta estos últimos tiempos, la profesion de banquero en Saumur.

TALHOUET (Augusto-Bonamour, marqués de) es oriundo de una antigua familia de Bretaña. Nombrado en 1842 auditor en el Consejo de Estado, formó varias veces parte del consejo general del departamento de la Sarthe, donde posee propiedades considerables. Elegido en 1847, como diputado de este departamento á la Asamblea legislativa, se asoció por sus votos á los principales actos de la mayoría. Después del golpe de Estado del 2 de diciembre, contra el cual protestó en la alcaldía del 10º distrito, fué encarcelado varios dias en Vincennes.

Se presentó en 1855, á los sufragios de los electores de La Fleche (Sarthe), cuyo mandato de diputado tiene todavía hoy.

Vice-presidente del Cuerpo legislativo, el marqués de Talhouet, es al mismo tiempo que una personalidad de alto valor, un gentilhombre completo. Su hotel del Faubourg-Saint-Honoré, es el centro de las mas elegantes reuniones de la aristocracia parisiense. M. de Talhouet tiene cincuenta años.

De M. RICHARD (Mauricio), ministro de Bellas Artes, nada diremos aquí, puesto que nuestros lectores habrán visto ya á la cabeza de este número las líneas que acompañan á su retrato.

Por último, el pasado político y militar de los señores Vaillant, Rigault de Genouilly y Lebeuf es demasiado conocido para que juzguemos necesario retrazarlo en este rápido bosquejo biográfico de los miembros del primer gabinete del imperio parlamentario.

Estudios históricos.

EXPEDICION MARÍTIMA HECHA POR LOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XV EN LAS COSTAS DE FRANCIA É INGLATERRA.

(Conclusion.)

Apenas hubo llegado á Harfleur, entró Ruiz en el puerto. Pero Nino no pudo contener su indignacion al pensar en la gloria de que le habia privado este indigno compañero. De resultados de la riña que se habia levantado entre los dos, iba á seguirse un duelo; pero la interposicion de Carlos desbarató sus intentos. Poco tiempo después, se verificó otra expedicion, siempre bajo las órdenes de Mosen Carlos y Pero Nino; pero los vientos contrarios no tardaron en volverles á hacer entrar y diferir hasta la próxima primavera toda operacion naval. En vista de esto, Nino hizo remontar el Sena á sus galeras y ancló delante de Ruan.

Ruan, segun Games, es una hermosa ciudad provista de todo lo necesario á la vida. Los señores del pais festejaron al comandante.

« Los franceses, añade el mismo Gutierrez, son nobles, finos, inteligentes, bien educados, corteses y graciosos, elegantes en el vestir, francos, generosos, complacientes, civiles, apreciadores de las grandes acciones, amables, elocuentes, jocosos y amigos del placer. En Francia, hombres y mujeres, todos están enamorados, sin hacer de ello ningun misterio: el amor les favorece, porque este pais se halla situado en el clima de una estrella que llaman Vénus. »

Después de esta preparacion, empieza el cronista la relacion de los amores del héroe. No será desagradable el ver cómo un marino español del año 1405 pasaba sus cuarteles de invierno en este bello pais tan felimente colocado bajo la influencia de Vénus.

No lejos de Ruan habitaba un noble caballero llamado Mosen Arnao de Tria (1), en otro tiempo grande almirante de Francia; y Nino, invitado por él para ir á verle, pasó á Fontenay, residencia del almirante. Este no se

contentó con hacerle buena acogida, sino que le convidó á pasar con él algunos dias para descansar de las fatigas marítimas.

El almirante era un caballero viejo y doliente, envejecido en la fatiga. Como habia pasado la vida en medio de los combates, no podia hacer la guerra ni frecuentar los salones.

Vivia retirado en Fontenay, y rodeado de todos los placeres de la vida, con un capellan que todos los dias le decia la misa. Frente al castillo corria un arroyuelo que regaba hermosos jardines, y por detrás se veia un estanque en que todas las mañanas podia cogerse pescado para trescientas personas. Se vaciaba el estanque; y después de escogida la pesca, volvía á llenarlo en pocas horas un canal superior.

Mantenia el almirante una trailla de cuarenta ó cincuenta perros con criados para cuidarlos, y además infinitos caballos de silla; por lo que mira á la caza, no faltaban en sus bosques venados grandes y pequeños, ciervos, gamos y jabalíes, poseyendo además halcones de buena casta y la mujer mas hermosa de la Francia, hija del señor de Belangas, una de las familias mas respetables de Normandía.

Fastidioso, cuanto mas largo, seria describir el lujo de esta señora. A mas del servicio de diez señoritas distinguidas, cuya única ocupacion consistia en adornarse y acompañar á su señora, tenia otras muchas camare-ras.

« Voy, dice el cronista, á contar el orden que reinaba en el palacio de la castellana. Por la mañana se levantaba y se marchaba á una frondosa arboleda, acompañada de sus damas, todas con sus libros de devociones y los rosarios.

Después de concluidas sus devociones, volvian al castillo á oír misa, acabada la cual, se les servia un suntuoso almuerzo, montaba á caballo, siempre acompañada de sus damas y de los caballeros huéspedes de la casa, é iban todos juntos á tomar el aire del campo. »

Durante su permanencia en este sitio, Nino, seguido de sus caballeros, asistió constantemente á estos paseos. En cuanto al viejo almirante, que no podia montar á caballo, recibía á sus huéspedes con tanta gracia que era una maravilla. En la mesa principal tomaban asiento él, madama y Nino.

El mayordomo distribuía los otros puestos, haciendo sentar al lado de cada señora un caballero ó un escudero. Durante la comida, que era soberbia, el que hablaba de guerra ó amor era el mas escuchado. Alguna vez los juglares hacian resonar el aire con sus instrumentos: y dadas las gracias y despejada la mesa, venian los mestrieros.

Madama danzaba con Pero Nino, los caballeros y escuderos con las damas. Este baile duraba una hora, terminado el cual, Pero Nino daba paz á la señora, haciendo lo mismo con las suyas los otros caballeros. Servíanse refrescos; y cada uno por su parte iba á dormir la siesta en su cuarto. Nino estaba alojado en uno de los mejores aposentos de madama.

La siesta disponia admirablemente á otro paseo á caballo y á una caza al halcon. Madama salía con el jerrifalte en el puño, y daba la señal lanzándole con una gracia que embelesaba. Allí era de ver jóvenes de ambos sexos cazando á porfía; los perros echándose al agua, los pájaros volando y los halcones agarrándolos al vuelo.

En fin, cuando estaban satisfechos de esta diversion, madama con sus cazadores y cazadoras iban á un gran prado donde los aguardaba una opípara merienda. Refrigeradas con las delicadas viandas, las damas formaban ramilletes de flores, entonando muy lindas canciones. La noche restituía toda la comitiva al castillo.

Después de cenar, salían á pasearse al resplandor de la luna, bailaban un poco á la luz de las hachas, tomaban licencia é iban á dormir.

Así se divertían cada vez que el comandante español iba á visitar al almirante francés. La castellana lo disponía todo, porque aquel ya no se entrometía en nada.

Pero Nino no fué insensible á tantas atenciones, y la castellana no se contentó con recibirle en su casa, sino que le envió á la de su padre, noble caballero, quien tambien vivía en Normandía.

Tantos festejos no hicieron trascordar al comandante español los intereses de su escuadra. Habiendo gastado todo el dinero traído de España, fué á París á reclamar del rey la paga que se le debía segun los tratados entre ambos reinos.

Estaba este último pais, durante la demencia de Carlos VI, entregado á los excesos de las diversas facciones que dividían el reino; por lo cual Nino hubo menester de toda su firmeza en las negociaciones, de la mayor bizarría en las justas y de la mas delicada cortesía con las damas para que se hiciese justicia á sus reclamaciones. Conseguido su objeto, volvió á Ruan, pero el bueno del almirante habia pasado á mejor vida.

Con este motivo la viuda envió á buscar al español, y elogiando al difunto para consolarle, acabaron de enamorarse uno de otro. Hubo regalos por ambas partes, se concertó el matrimonio; pero como era imposible verificarlo inmediatamente, se resolvió aguardar, aunque fuesen dos años.

El primer motivo era que, andando en guerra el capitán, no podia hacerlo sin permiso del rey; y el otro porque, como era tan reciente la muerte del almirante, la castellana hubiera ofendido la opinion pública, pasando á contraer segundas nupcias sin dejar pasar algun tiempo.

Despedídose que hubo el capitán de la viuda, volvió á Ruan para desde allí pasar con su escuadra á Harfleur. Mas, hé aquí que de repente el sol se oscurece; y mari-

(1) Lease Argonaut de Trié.

nos y soldados, ignorando la causa del eclipse, se figuran que el cielo contraresta sus proyectos, opinando unos por la retirada, y otros porque no se emprenda cosa alguna, hasta pasado un mes.

Unos suponen al sol herido ó enfermo, y como precursor de grandes catástrofes; otros que tal fenómeno barrunta una tempestad horrorosa; todos en fin dan muestras de terror segun su imaginacion. Viendo esto Pero Nino, trata de desvanecer sus temores, y por via de preámbulo les habla sobre el temor de Dios, pasando en seguida á la explicacion física del eclipse, y probándoles ser una cosa muy sencilla y natural.

Edificados primero, y en seguida ilustrados acerca del objeto de su supersticion, volvieron á cobrar ánimo, mayormente viendo que el sol radiaba con su resplandor primitivo, segun lo habia predicho su jefe; de modo que al llegar á Harfleur, ya nadie se acordaba del eclipse; y habiendo encontrado el comandante español en este punto á su antiguo compañero de armas, Mosen Carlos, se concertaron los dos para ir á buscar á los ingleses.

En efecto, habiendo hecho rumbo hácia Calés, ciudad inglesa, situada en Francia, dieron con la flota de Inglaterra, estando el mar en calma. Mosen Carlos, mas prudente que el español, previendo lo desventajoso del encuentro por la superioridad numérica de los ingleses con las dos escuadras combinadas, opinaba por la retirada; pero tuvo que ceder á una humorada de Nino.

Ya empezaba la refriega, cuando soplando de repente el viento, los franceses tuvieron que virar de bordo. Entonces Nino, creyéndose vendido, ó por lo menos cobardemente abandonado, exclamó:

— ¡Pues bien! ya que me dejan, me batiré solo.

Y comunicando por algunos momentos su ardor á la tripulacion, embistió al navio enemigo mas crecido. Terrible fué la refriega: pero de repente el piloto dió vuelta á las velas con visos de retirarse con gran sentimiento de Nino. Diez de los navios mas ligeros del enemigo intentaron envolver la galera del comandante, y acaso hubieran conseguido apresarla, si una acertada manobra de Mosen Carlos no los hubiese dispersado. Felizmente el viento calmó, y las galeras pudieron entrar sin accidente en Gravelines; aquí se quejó de la inconstancia del tiempo que, segun él, le habia estorbado una completa victoria.

— ¡Ah! decia, una hora mas de calma, y toda la escuadra inglesa fuera nuestra.

A fe que no hubiera sido mala la presa, porque el Arripay era el almirante, y á su bordo tenia la hija del rey de Inglaterra, la cual con su dote conducia al duque de Holanda su prometido esposo.

Por desgracia la experiencia habia demostrado al comandante español que sus galeras eran tan adecuadas para el clima y las mareas del canal de la Mancha, como los camellos para el pais montañoso. En vano estuvo aguardando todo un mes que el tiempo se dignase favorecer una nueva expedicion sobre las costas de Inglaterra, añadiéndose á este contratiempo el sentimiento de hallarse privado de la asistencia de Mosen Carlos, quien habia acabado los recursos para pagar á sus soldados y hacer recomponer sus galeras.

Por fortuna se le juntaron seis barcos normandos para recorrer las costas de Bretaña. Aquí encontró un fuerte convoy de barcos franceses que iban por sal á Brouage; y á instigacion de sus nuevos compañeros, propuso á los patrones juntarse con él para trasportar tropas á la isla de Jersey, lisonjeándolos con la esperanza de enriquecerse por medio del pillaje, y sin otro riesgo que el retardar algunos dias su navegacion.

Habiendo aceptado, Pero Nino hizo un llamamiento á los caballeros bretones, quienes acudieron á porfia á aumentar las filas del caudillo español; viéndose de este modo al frente de una fuerza considerable, que en dos horas se halló delante de Jersey.

Al llegar, un destacamento tuvo la imprudencia de desembarcar para coger conchas; pero cargando sobre él los isleños, pagó cara su indisciplina. Este suceso hizo expedir á Nino una orden de muerte contra el que se atreviese á abandonar su puesto sin orden para ello.

No lejos de Jersey divisábase un islote que contenia una ermita dedicada á la Virgen, sitio ventajoso para las expediciones, porque con una tabla era fácil el desembarco, y podian defenderse sin dificultad de tropas numerosas, á pesar de que la baja mar dejase libre el paso que lo separaba de Jersey.

Efectuaron pues el desembarco, y por consejo de sus oficiales, Pero Nino mandó alejar las embarcaciones para que nadie se escapase. Colocáronse atalayas, y se dió orden á los soldados de estar prontos dos horas antes de amanecer. En consecuencia, no habia despuntado el sol cuando todo el mundo estaba sobre las armas. Las cornetas dieron la señal, y el cuerpo de ejército se puso en movimiento al través del arenal.

Nino ordenó las filas con tino, sin olvidar la arenga de costumbre.

— Amigos, dijo á un cuerpo designado con el nombre de *Pillos*, cuidado con que estais en pais enemigo. Ojo á los ingleses: aquí los teneis armados en orden de batalla, y dispuestos á la defensa como vosotros al ataque. Sus huestes son numerosas, pero no os llevan ventaja en esto ni en valor.

Tened presente que detrás de vosotros está el mar, y sin tablas donde refugiarnos: colocados entre el enemigo y el mar, expuestos á morir en el agua, ó á perecer en las cárceles, no olvidéis que la fuga es imposible. No ignorais cómo los ingleses tratan á los españoles; no hay pues que dejaros coger; y si os sosteneis con valor, la gloria y un rico botin serán vuestra recompensa. In-

vocad á Santiago, el patron de los españoles, y os ayudará.

Mas de mil hombres se contaban entre todas las banderas de Pero Nino, quien cuidó de revistar sus tropas, y de decirles individualmente lo que debian hacer.

Los isleños de Jersey, en número de tres mil con doscientos caballos, se adelantaron en buen orden, primeramente las tropas ligeras y en seguida los arqueros y hombres de armas. El combate fué terrible. Pasado el primer choque, dejaron á un lado las lanzas para pelear con espada, hacha ó daga, dice el cronista, quien, testigo y actor, cuenta como su jefe, Pero Nino, decidió la contienda en pocos minutos. Este caudillo, observando una bandera blanca con la cruz de San Jorge siempre en pie y en sitio en que habian caido otras muchas, llamó al bravo caballero breton Hector de Pombranes, juntamente con los mejores normandos que combatian á su lado, y les dijo:

— Compañeros, mientras no se derribe aquella bandera será difícil vencer á los ingleses: vamos pues á ella y apuremos nuestros esfuerzos para cogerla.

Hector de Pombranes, digno imitador de su patron troyano, no hubo menester que se lo repitiesen, pues corriendo con Pero Nino al pabellon de San Jorge, se apoderaron de ella á pesar del esfuerzo con que fué defendida, quedando el abanderado hecho trizas. Entonces los ingleses echaron á huir, tirando sus cotas y armaduras; pero los españoles y franceses se hallaron tan fatigados, que no pudieron irles al alcance; únicamente los pillos sintieron aumentar su ardor en este momento decisivo y justificaron completamente su nombre, pillando sin el menor escrúpulo.

El sitio en que se dió la batalla era una gran playa de media legua de extension. Todo el espacio estaba sembrado de cadáveres, cascotes y armas abandonadas por los fugitivos. Pero Nino montó cincuenta soldados con los caballos cogidos al enemigo, ocupándose luego en reorganizar su gente. Concluida la operacion, volvió á ocupar la isla de Santa María para pasar allí la noche.

Al llegar á este punto, informóse de los prisioneros sobre la fuerza de Jersey, número de habitantes, medios de defensa y noticias de la escuadra inglesa. Por ellos supo que la isla encerraba cinco ciudadelas bien provistas de municiones y defendidas por caballeros ingleses, y que la poblacion podia suministrar de cuatro á cinco mil hombres en estado de llevar armas, á las órdenes de un capitán inglés, que habia peleado á su frente.

Los vecinos, campesinos y pescadores habitaban en una gran ciudad cercada de palizadas y fosos, encerrándose en ella sus propiedades como asimismo sus mujeres é hijos. Todos los que se habian salvado del combate se habian retirado allí, resueltos á perecer antes que dejar entrar al enemigo en sus hogares. La escuadra inglesa permanecia delante de Plimouth, y solo aguardaba viento favorable para hacerse á la vela. Doscientas naves bien armadas componian su fuerza.

Con este aviso, Pero Nino celebró consejo de oficiales; pero siendo estos de parecer de pegar fuego á la ciudad, si fuese posible tomarla por asalto, el comandante español dijo que mejor seria conquistar la isla que incendiarla. Los bretones empero contestaron que, á menos de tomar las cinco fortalezas, era imposible conquistarla, y así que lo mas acertado seria proceder al pillaje y luego alargarse.

— Pues bien, dijo el jefe, vamos primero á la ciudad, veamos si quieren aceptar batalla, y si no, luego veremos lo que se ha de hacer.

Y sobre la marcha ordenó, como la vez primera, que todo el mundo estuviese pronto, y al dia siguiente por la mañana, el ejército se puso en movimiento, dividido en vanguardia y retaguardia, apoyado por mas de ciento cincuenta caballos. La poblacion solo distaba de allí dos leguas, y Nino envió los alumbradores para pegar fuego á cuanto hubiese al paso; y « como el pais estaba cubierto de casas, jardines, mieses y demás, daba lástima ver arder todo aquel pais de cristianos. »

No tardó en presentarse un caballero inglés en traje de rey de armas, quien pidió ser presentado al comandante. Como es de presumir, era enviado por los habitantes de Jersey para solicitar merced.

— Los habeis vencido, en batalla, dijo á Nino, habeis herido á muchos, habeis muerto á no pocos, haciendo prisioneros á otros, y no obstante parece que tratais de destruirlos; por tanto os suplican que no hagais tal, no solo por amor de Dios, pues que son cristianos católicos, y de ningún modo enemigos de la fe de Jesucristo, sino tambien por amor de la reina de Castilla que nació en Inglaterra y que no veria con gusto la ruina de su patria; por todo esto os piden compasion.

— Volved á los que os han enviado, replicó Nino, y decidles que me manden cuatro ó cinco de los principales con quienes pueda conferenciar, y yo les aseguro que podrán venir y marcharse sin que se les haga daño.

Partió el inglés con la respuesta, y al momento se presentaron cinco honrados mensajeros que le besaron la mano.

— Ya sé las quejas que habeis proferido contra mí. No ignorais que cuando la flota inglesa guerrea contra España, toca en este punto, proveyendo de hombres y de víveres. Vosotros por consiguiente sois enemigos nuestros; á mas estas islas pertenecen á la Bretaña, y erais súbditos bretones antes que la malicia de los que os envian os incitase á la rebelion volviéndoos ingleses. Así pues, recibidme por señor y someteos en nombre de mi amo el rey de Castilla; de no, vais á ser pasados á cuchillo, y vuestro pais será entregado á las llamas. »

A esto los isleños contestaron:

« — Ciertamente, señor, que estas cuatro islas han pertene-

cido á la Bretaña; pero los ingleses hace tiempo conquistaron la isla, y tenemos que obedecer á nuestros enemigos con harta pesar. Nuestros padres nos dejaron en este estado, y no podemos salir de él, si otros mas fuertes no nos protegen, ocupadas como están las fortalezas por caballeros ingleses. Por lo tanto, señor, si vos podeis tomarlas, os seremos sumisos; de otro modo, lo que nosotros haríamos poco nos aprovecharia, y no pudiendo vos defendernos, quedaríamos expuestos al resentimiento de los ingleses. Decidnos lo que podemos hacer, y lo haremos. »

« — Por lo que mira á los fuertes, Dios hará que no tarde en tomarlos; pero entre tanto abridme las puertas de la ciudad. »

A esta razon los disputados respondieron:

« — Señor, vamos á informar á nuestros conciudadanos, y volveremos con la respuesta. »

Así lo verificaron. La ciudad distaba solo media legua, y en una altura desde la cual se descubria hizo alto Nino con sus soldados aguardando á los comisionados, que no tardaron en estar de vuelta:

« — Señor, le dijeron, los habitantes de la ciudad confian en vuestra generosidad y os envian á decir que la ciudad con el castillo es lo único que poseen, sin que jamás inglés ni francés haya puesto el pié en ella. Este privilegio afianza su seguridad; de consiguiente tienen un motivo poderoso para no dejar entrar á nadie, sea amigo ó enemigo, y prefieren la muerte antes que permitir se quebrante el privilegio; pues que allí tienen mujeres, hijas y bienes. Pedid oro, plata, tela ú otra cosa, y os darán lo que puedan para que no les hagais mas daño. Plázcaos pues, señor, no arrimaros á la ciudad, porque aun cuando la tomáseis, tendríais que llorar la pérdida de muchos valientes, y entonces, teniendo pretexto para degollar á todos los habitantes, cometeríais una accion que jamás Dios podria perdonaros. »

Sin pérdida de tiempo Nino reunió el consejo para determinar lo que se habia de hacer. Previendo que iba á faltar tiempo para tomar la ciudad y que en el entre tanto podia llegar la escuadra de Inglaterra, se resolvió conformarse á las buenas razones de sus habitantes. Exigióseles una suma de diez mil coronas de oro; y al notificarles Pero Nino las condiciones mediante las que cesaria toda hostilidad, añadió:

« — A mas me dareis un tributo anual, que durará diez años, de doce lanzas, doce hachas de armas, doce arcos con sus flechas y doce trompetas. »

La poblacion, bien que de mala gana, consintió en pagar la contribucion y la especie de tributo que se le imponia. Se recaudó todo el dinero posible para la suma ajustada, y por lo que faltaba Nino llevó consigo de rescate cuatro de los vecinos mas ricos.

En seguida se tocó retirada, y franceses y españoles volvieron á sus navios. En el intervalo, la tripulacion de las barcas de sal habia hecho su negocio, esquivando hácia la costa todo el ganado que habia caido en sus manos, el cual embarearon con la parte de botin; y despidiéndose de Nino, se marcharon en extremo satisfechos.

En cuanto á los bretones y normandos, se fueron á Brest con los españoles. Habiendo algunos mercaderes de este punto adelantado el resto de la contribucion, se procedió al reparto. Los caballos fueron vendidos, aunque á infimo precio.

Grandes fueron los festejos con que en este puerto se honró á los expedicionarios por su feliz éxito. Pero sabiendo Nino que el rey de España le enviaba á llamar, despues de haber expedido un mensajero para saludar al rey y príncipes franceses, partió dando fin con esto á la expedicion.

¿Acompañaremos al famoso aventurero en sus otras correrías? No es tal nuestro intento, pero vamos á satisfacer la curiosidad del lector con respecto á la palabra dada á la hermosa viuda de Regnault de Trie. ¡Pobre señora! ¡y con qué confianza habia aceptado una promesa que no debia cumplirse hasta despues de dos años! Pero no habian espirado estos, cuando viendo llegar un escudero de su gallardo doncel, exclamó:

« Hé aquí los regalos de bodas. Nino no tardará en seguirles. »

Despues que aquel hubo saludado á la señora, puso en sus manos, no los presentes nupciales que aguardaba, sino las prendas de eterna fidelidad que ella un dia entregara al caballero español, rogándole el escudero, de parte de su amo, se sirviese restituírle la palabra que no le era dado cumplir. ¡Ah! en el pais de los Amadises tambien se hallan Galaos.

Pero Nino en un torneo se habia enamorado de doña Beatriz, hija del infante don Juan. Esta señora estaba prometida á un viejo; mas habiendo visto á nuestro comandante, declaró que solo tomaria un marido de su edad y á su gusto. Vana fué la oposicion del infante, porque protegidos por la reina, se desposaron secretamente.

Mas luego llegó el caso de declarar su enlace, y tal fué la ira del infante, que mandó encerrar á su hija en una fortaleza, y queria mandar prender al atrevido Pero Nino; pero como buen padre, se apaciguó con el tiempo y restituyó su cariño á la hija, y el perdón al yerno; y esta fué la recompensa dada á la noble castellana normanda en cambio de su hospitalidad, de su amor y de los dos años de constancia á toda prueba.

M. de F.

UN ENSAYO GENERAL

PARIS-REVUE, TEATRO DEL CHATELET.

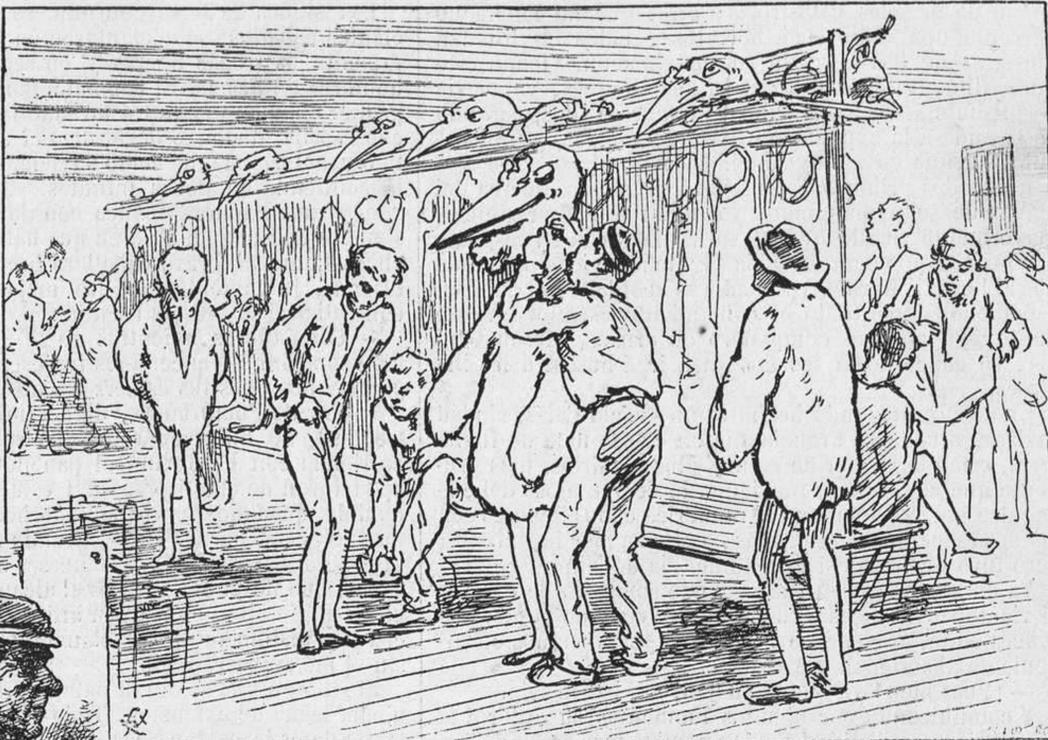
— «Delante de los señores de la censura,» dice el cuadro. Se corta una coplilla, se alarga una falda, se disimula una alusion demasiado trasparente, se quita la sal á un epigrama que levantaba ampolla.

En suma, los sacrificios no son terribles, y así sucede que toda la cuestion para el autor ansioso que levanta un poco el telon, se reduce á saber si los señores de la censura están satisfechos de su digestion.



al profano: *In dignus est intrare in corpore nostro!*

Energía necesita el hombre, pues nada iguala, por ejemplo, la obstinacion del impetuoso jóven «que desea hablar á la señorita María.» Ahora bien, cuando la señorita María no es una desconocida, inevitablemente está en escena, ó no debe encontrarse



— La entrada de una artista... con sus «circunstancias y dependencias,» como diria un notario. La doncella lleva al brazo envoltorios de dimensiones hiperbólicas. La cola de la dama llega difícilmente á salvar con

libre antes de las dos de la mañana. Esto es seguro.

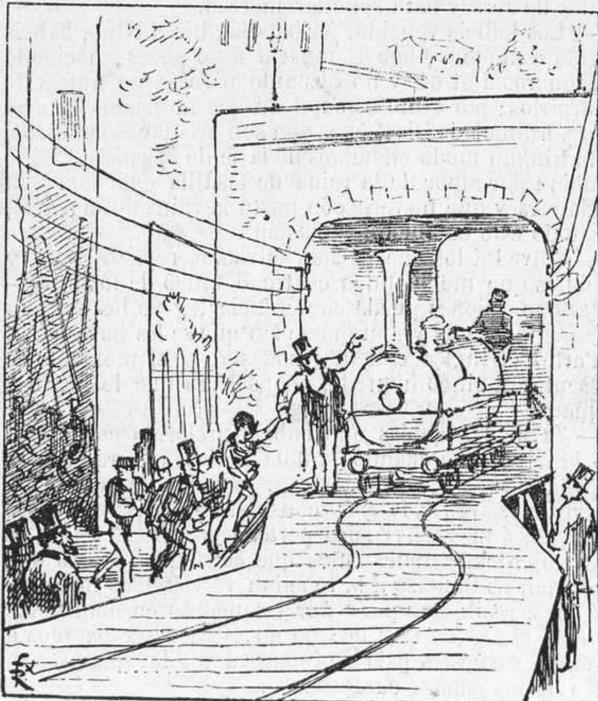


felicidad el trayecto de la puerta cochera á la entrada de los artistas.

Aquí el portero, cuya cachucha galoneada se confunde con el sombrero apuntado del centinela, detiene al paso



— El toque de campana. Una campanilla chillona pasa, baja, sube, por aquí, por allá, por todas partes: no hay eco en el teatro, por humilde que sea, que ella no le



despierte. Es el tercer regidor que alimenta la engañosa esperanza de hacer que los guantes amarillos de la orquesta y las faldas cortas de la escena demuestren un sentimiento mas realista de sus deberes respectivos.

— El cuarto de los



comparsas. Mucha confusion de gente y de perfumes. Adjunto va el perfil del cajero de «depósitos y consignaciones del teatro,» conservador jurado de los bolsillos y otros objetos. Mucha buena voluntad habria que tener para encontrarle una traza recomendable. Y sin embargo, su probidad es de primer orden.



UN ENSAYO GENERAL

— *Al telon.* El regidor va á pegar los tres golpes de ordenanza. Ea, la última ojeada á la sala, y de prisa que el público pierde la paciencia y hay que contentarle.

— *El famoso ferrocarril.* « Los viajeros á los coches. » La locomotora silba en el tablado, y las baterías de placas giratorias resuenan en la orquesta.... Bien, muy bien, decoración magnífica; pero desgraciadamente la desproporción es muy notable entre el *material*, reducido por fuerza, y el *personal*, que no se ha reducido



otro tanto. Esto quita la ilusión. ¡Qué lástima que no se hayan buscado viajeros enanos!

— *El maestro de baile.* ¡Qué de jóvenes bailarinas ha visto el hombre! ¡A cuántas las ha sostenido en los primeros pasos! ¡Qué de piruetas y saltos ha corregido! Y es hombre de convicciones: así lleva el compás con toda su alma y con toda su fuerza.

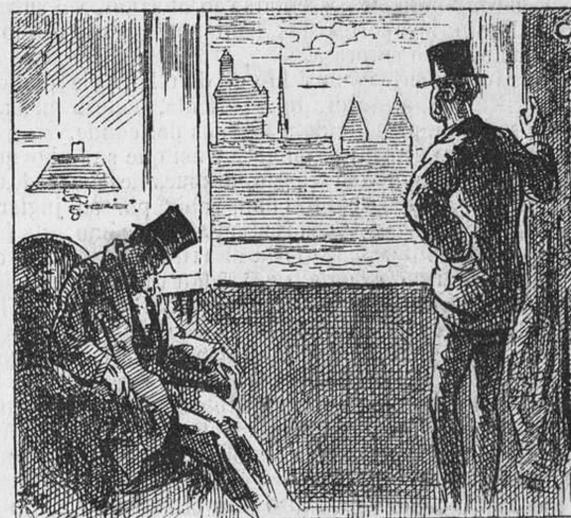
— *El cuarto de las figurantas.* — Abundancia de des-

envolturas descaradas y de inesperados pudores. Modelos para estatuas mas ó menos clásicas. Pronto ese tropel abandonará en confusión la sala para correr al escenario.

— *Pintor y tramoyista.* Dos bonitas profesiones para las cuales se necesita una salud de hierro y una provision de paciencia á prueba de bomba. ¡Qué de copas despachadas en el mostrador, y qué de sudores para animar al ejército de blusas que se emplea en los cambios de decoraciones.

Aquí donde el aparato escénico tiene tanta importancia, son en suma, aunque bien oscuros, los personajes mas importantes de la pieza, pues á decir verdad, el trabajo de los autores es bien escaso.

Fuera de esos jefes de fila, que tienen el nombre de *brigadieres*, con su puesto rigorosamente marcado, hay los irregulares, que llenan las funciones de ayudantes. A estos les basta fuerza, y todo aprendizaje es inútil: toman cuantos se presentan para este servicio, y no por esto salen mal las cosas.



— *Un instante de descanso en el gabinete del empresario.* Al cabo de doce horas de martillazos, de patadas y de música, el empresario, sentado en un sillón de badana, descansa algunos momentos. Su fiel secretario *Blum*, busca en las estrellas una inspiración para su futura producción dramática.

— *Las suspensiones de la segunda luna.* Movimiento inusitado del patio al jardín, ó si no se entiende el lenguaje de bastidores, del lado izquierdo al lado derecho del escenario.

— *El cambio se hace esperar,* un bastidor no hace bien su oficio. Al cabo de tres cuartos de hora de suspensión, todas las damas dicen á gritos que están



decididas á desmayarse. Pero en vez de descolgarlas por tan poca cosa, la empresa tutelar se contenta con ofrecerlas un franco además de los 25 céntimos que paga por ese servicio.

Toda la *bandada* se calma, excepto una silfide agarrotada por el cinturón; pero un tramoyista la presta su cabeza para que descanse.

Resúmen: Una locomotora, coches de alquiler verdaderos, un palanquin y unos burros egipcios, un cerdo engalanado con guirnaldas, rótulos animados, titiriteros indios, *clovns* y payasos ingleses, un cantante jorobado y una cantante de color, y sobre todo el admirable baile de *Ismailia*, hé ahí lo que se ve en *Paris-Revue*. Es una de las piezas de este género que mejor han salido, y es de creer que el teatro del Chatelet tendrá con ella espectáculo para algunos meses.

F. R.

La casa de Cardona,

POR VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

— Cuando los buenos vasallos, señor de Cardona, dijo sonriendo Borrell, no van á ver á su soberano, justo es que sus oberano vaya á visitarlos á ellos.

Ermemiro se inclinó.

— Alzad del suelo, Ermemiro, prosiguió el conde, que no es este vuestro lugar, sino en mis brazos.

Y en efecto, apeándose ligeramente de su caballo, Borrell echó los brazos al cuello de Ermemiro, que no sabía en verdad á qué achacar tan esclarecido honor.

El señor de Cardona, pasados los primeros instantes exigidos por los plácemes de cortesanía, introdujo á su ilustre huésped y á toda su comitiva en el castillo, y al estar en el salon de armas con el conde y sus allegados, mandó servir en anchas copas de oro el vino de la hospitalidad.

Borrell, antes de llevar á sus labios la áurea copa para contestar al fraternal saludo del castellano, invocó las bendiciones de Dios sobre Ermemiro y sobre su bella esposa.

— Porque yo conozco á vuestra esposa, le dijo. ¿Dónde está Sibila? ¿Cómo no ha venido ella misma á ofrecerme el vino de la hospitalidad?

Ermemiro, cada vez mas absorto, envió un page con recado para que viniera su esposa á felicitar al huésped que acababa de llegarles, el conde de Barcelona.

No tardó Sibila en presentarse en el salon, y á su vista no pudieron los cortesanos contener un murmullo de admiración y de sorpresa.

Era muy superior aun á lo que de ella habia dicho el juglar. Nunca hermosura mas perfecta, belleza mas acabada, se habia presentado á los ojos del conde.

Borrell cumplimentó á Sibila, y así que se hubo quedado solo con ella y su esposo, despues de haber despedido á su gente, les contó cómo sabia por su juglar la historia de sus amores y de su enlace, y cómo esta historia le habia interesado hasta el extremo de desear conocer á la hermosa que pusiera á tan difícil prueba á un tan valiente caballero, y al caballero que tan airoso habia salido de la difícil prueba de la hermosa.

Ermemiro entonces repitió al conde su historia, contándole en seguida, á instancias suyas, varias de sus hazañas, y el conde pasó en agradable conversacion con la amante pareja un dia tan placentero, que al retirarse por la noche á su estancia confesó haber sido el mas grato de su vida.

Hasta quince dias descansó Borrell en el castillo de Cardona, tomándole un afecto tal á Ermemiro, que ni un momento podia estar sin él.

Nuevas de Barcelona reclamando la presencia del conde en la capital, fueron á arrancar á Borrell del castillo de Cardona, pero no se apartó sin embargo de sus muros, sin antes dejar allí una huella indeleble de su paso y una memoria eterna de su permanencia.

El abuelo de Ermemiro, que las crónicas llaman Wadardo, habia ya recibido señaladas muestras de la munificencia de Wifredo, el primer conde soberano de Cataluña.

Este último al reedificar el castillo de Cardona, cuya construccion primitiva se empeñan los cronistas en señalar como romana, habia dado el señorío de él á Wadardo, consignándole particulares privilegios y favoreciéndole con grandes exenciones.

Bueno será de este lugar dar á conocer á nuestros lectores algunas de estas prerogativas.

Ordenó Wifredo en primer lugar que cualesquiera gentes que á habitar fuesen el dicho castillo, y con sus bienes ocurriesen á recogerse y querer vivir en él, morasen en paz, jurídicamente los tuviesen y poseyesen perpétua y quietamente; que si algun hombre maligno con soberbia hinchazon ó escándalo les robase algo de sus haciendas ó haberes, el tal vecino habitante en el castillo tuviese facultad de coger de los bienes del robador ó malhechor no solamente otro tanto sino el doble. Otorgó tambien que si fuera á acogerse en el castillo algun hombre con mujer ó esposa ajena, que si algun esclavo ó esclava penetraba en sus muros, ó algun ladron ó falsificador de moneda ó cualquier otro criminal, se hubiesen por seguros entre los habitantes ó moradores del lugar sin duda ó temor alguno.

Tal es lo que se asegura que decia la carta-puebla de Wifredo, hoy dia desconocida.

Borrell en memoria de los gratos instantes que transcurrir habia visto junto á Ermemiro en el castillo de Cardona, confirmó antes de marchar los privilegios de que gozaba y añadióle aun otros nuevos.

Primeramente dió á Ermemiro la investidura de vizconde de Cardona, instituyendo hereditaria esta dignidad en su familia, y con el objeto de atraer las gentes á morar en Cardona, dióles entre otros privilegios el de que si yendo alguno á avecindarse allí le saliese otro á estorbarle la ida, quitándole ó hurtándole algo de sus haberes, el tal así detenido ó despojado tuviese accion en la hacienda del agresor y hubiese de recompensa de los bienes del tal siete veces mas de aquello de que hubiese sido despojado. Otorgó además que los vecinos de Cardona no rindiesen censo alguno á nadie sino á la iglesia de San Vicente dentro del castillo; asignóles por patron á Ermemiro y á toda su posteridad, mandando que en

cualquier ocasion que les llamase acudiesen y le siguiesen á cualquier parte que él quisiese.

Es de notar entre los privilegios la concesion que les hizo de que todos los juéves perpétuamente pudiesen tomar sal de los montes inmediatos, y concluyó echando maldiciones á los violadores del privilegio y bendiciones á los que puntualmente lo guardasen.

Hecho esto, Borrell partió del castillo con harto sentimiento de sus señores Ermemiro y Sibila que le despidieron llorando, y en cuyos pechos jamás se borró la memoria del conde, ni la gratitud que sentian por sus beneficios.

En efecto, Ermemiro se lo probó con sus hazañas en los campos de batalla: Sibila con sus continuas plegarias á Dios para la felicidad del conde.

V.

LA TORRE DE LA DONCELLA.

Permítanos el bondadoso lector hacer preceder este capítulo de algunas reflexiones preliminares.

Son necesarias á nuestro objeto.

No es puramente la parte tradicional la que nosotros invocamos en nuestro auxilio, es tambien la parte histórica.

Unida la una á la otra, enlazadas por este abrazo fraternal que se dan en presencia de los siglos la historia y la tradicion, es como nosotros las ofrecemos á nuestros lectores. Por esto, pues, debemos alguna vez detener el curso de la tradicion para que se dibuje ante nuestros ojos la grave y majestuosa figura de la historia. Por esto, pues, antes de seguir adelante debemos hacer que nuestra mirada y tambien nuestra atencion, se fijen por un instante en el origen de esa prosapia ilustre, de esa familia de héroes cuyos hechos vamos á consignar, y cuya memoria á evocar.

Hemos dicho que Borrell dió á Ermemiro la investidura de vizconde de Cardona.

Ahora bien, ¿quién era Ermemiro? ¿de qué tronco descendia? ¿de qué pais habia salido su raza, de qué nido partiera el primer águila que vino á Cataluña á dar vida á toda esa numerosa prole de altivos y de arrogantes aguiluchos?

Los historiadores por una parte y los biógrafos de tan ilustre familia por otra, acopian datos y hechos y citas para sostener sus diversas opiniones. Nosotros, por entre el dódalo de opuestos pareceres que se oponen á nuestro paso, procuraremos trazarnos un camino, y seguiremos la opinion mas fundada, que es precisamente, tal la creemos al menos, la de un digno catalan que en 1664 hizo el árbol genealógico de los condes de Cardona, don Bernardo José Llobet.

Parece ser que uno de esos famosos caballeros, cuyo nombre ha conservado la historia con respeto, Fulcon, conde de Anjou, mereció por su cuna y por sus hazañas la mano de una hermana de Carlomagno. Poco tiempo despues de su enlace, Fulcon, ávido siempre de aventuras, deseoso de mas prez y renombre, pasó los Pirineos y escogió á Gerona para teatro de sus hazañas.

Los moros probaron mas de una vez la pujanza de su brazo, y Carlomagno debió importantes trofeos á su cuñado en la otra parte de los Pirineos orientales. Así es que le dió, sin que sea este hecho una certeza, el título de vizconde de Gerona.

Este conde de Anjou, vizconde de Gerona, tuvo en Cataluña un hijo, dignísimo descendiente de tan plecaro tronco. Ermidon, que así se llamaba el sobrino de Carlomagno, á catorce años domeñaba el caballo mas fogoso, á quien vestia la armadura de guerra, manejando el hacha y la espada como el mas apuesto caballero, y á diez y seis los árabes temblaban al oír su nombre.

Criado en los campamentos, educado en las batallas, Ermidon presagiaba ser un guerrero tan noble, tan esforzado, tan valiente como su padre.

Ignórase con quién casó Ermidon, pero sábase que tuvo un hijo llamado Wadardo, el cual se encargó de probar bien y cumplidamente que el valor era en su raza una simple herencia que legaban los padres á los hijos. Este Wadardo fué el que mereció que el conde Wifredo el Velloso, á mas de confirmarle los estados que poseia en la ciudad y comarca de Gerona, le diese el castillo de Cardona, haciéndole señor ó patron de esta villa para sí y todos sus sucesores.

Wadardo, en justo obsequio á la honra que recibiera de Wifredo, aceptó el nombre de Cardona como patronímico, y dió principio á esa raza de los Cardonas, de esos hombres que debian mas tarde emparentar con las familias mas ilustres, de esos hombres de quienes bien se puede decir, sin que se tome á jaetancia, que no fueron príncipes porque no quisieron, y reyes porque no se atrevieron. Contentáronse con ser señores de Cardona, contentáronse con valer lo que los reyes, y esto les bastó.

Wadardo tuvo un hijo llamado Guadallo y una hija que se enlazó con un miembro de la familia de los condes de Barcelona.

Guadallo ó Guadaldó, no obstante ser obispo, pues que en aquella época aun se permitia á los obispos ser casados con ciertas limitaciones, casó con una noble señora llamada Ermetruit, y en ella hubo cinco hijos, cuyo primogénito fué Ermemiro, el aguerrido caballero que mereció el amor de Sibila, el que alcanzó del conde Borrell la concesion de tantos privilegios como hemos citado y el título de vizconde para sí y sus descendientes.

Ermemiro murió sin sucesion y obtuvo en 1010 el viz-

condado su hermano menor Raimundo, casado con Enguncia, de la que tuvo á Bremundo, Eriballo, Fulco y Raimundo, y á una hija llamada Amaltrudis.

Bremundo ya era vizconde en 1015, y en 1019 empezó á construir la iglesia de San Vicente que hay dentro del castillo, y fundó su abadía.

Detengámonos aquí de nuestra relacion genealógica.

Ya nuestros lectores saben ahora á qué atenerse tocante al origen de esta familia.

Oigan pues con atencion un drama que se refiere á la época á que hemos llegado.

Sonreia el alba de una hermosa y fresca mañana de 1027.

Las canoras avecillas abandonaban alegres sus nidos ocultos en el follaje, y piaban dulcemente batiendo sus alas de colores y saludando al dia, que se anunciaba con las anchas y vistosas franjas de púrpura que cruzaban el azul del cielo; las flores se balanceaban sobre sus tallos al peso de las perlas que las habia regalado el matinal rocío; los árboles susurraban melancólicamente al soplo de la brisa que cantaba amores en la enramada; todo cobraba vida y movimiento á la primera sonrisa de aquel bello dia de mayo.

Hacia ya largo rato que el muezzin de lo alto de la almenaira habia dejado oír su voz aguda indicando que era llegada la hora de la Azala Azohbi (oracion del alba) á los fieles que habitaban en el castillo de Maldá.

Brillaba pues ya el sol en todo su lujo y esplendor, cuando Abdala, el jóven alcaide del castillo, saltó de su lecho morisco, donde se tendiera en busca de algunas horas de reposo, y abriendo las celosías, abrazó con una mirada de satisfaccion aquella naturaleza hermosa y robusta que se le presentaba adornada con las mas bellas galas de la estacion.

Largo rato pasó en contemplar las praderas, los bosques y las montañas que desde la ventana se divisaban, paseando por todos los objetos una mirada indiferente y soñadora, hasta que por fin, despertándose de la especie de mudo ensueño que le mecía, se volvió, y no viendo á nadie en su aposento, coquetamente adornado á la usanza árabe, dió una palmada, que produjo la presencia de un negro en la puerta de la estancia.

Fué el esclavo tan rápido en presentarse, que casi se pudiera decir que habia como brotado de tierra al llamamiento de su señor.

— Azuad, dijo el alcaide al negro, anuncia al nahib (capitan de caballería) que quiero hablarle y prepara mi caballo y mi armadura negra.

El esclavo se dobló como un arco y desapareció con la misma rapidez que habia entrado.

Pocos momentos despues, el nahib estaba en la estancia de Abdala, del que recibia instrucciones competentes y plenos poderes para el gobierno del castillo durante su ausencia.

En efecto, Abdala partia para una de las tan frecuentes como misteriosas excursiones que con asombro le veian emprender los habitantes del castillo. Muy á menudo veian estos el alcaide vestir una completa armadura de cristiano, calarse la visera, empuñar la lanza y partir al trote de su alazan en direccion al Mediodia. Sus ausencias acostumbraban á durar dos dias.

¿Dónde iba, qué hacia, qué objeto le guiaba?

Esto es lo que nadie sabia ni podia averiguar.

Empero, era Abdala tan generalmente amado de los suyos por su carácter bondadoso, por su bello corazon y su valor á toda prueba, que nadie sospechaba mal de aquellas excursiones. La simple curiosidad era solo la que se despertaba con sus frecuentes ausencias.

Aquel dia, despues de dadas sus órdenes al nahib, Abdala, como de costumbre, visitó su negra armadura de cristiano, montó en uno de esos caballos ligeros como el viento, que los árabes llamaban alfaraces, y haciéndose bajar el puente del castillo partió al galope, solo como siempre, mudo como siempre, en la direccion del Mediodia.

Abandonemos á nuestra vez tambien el castillo de Maldá en seguimiento de su alcaide, y satisfagamos con seguirle la curiosidad que jamás los suyos satisfacer pudieron.

Digamos primero, por lo que interesar pueda á nuestras lectoras, que Abdala era de una arrogante y gallarda presencia. En su rostro, á través de varoniles y pronunciados rasgos, se dibujaban las líneas mas delicadas que ha impreso jamás la dulzura en un semblante. Sus ojos cuando chispeaban de cólera eran dos rayos, cuando brillaban de amor dos luceros.

En una palabra, la tradicion le da por el mas galan y hermoso de los donceles árabes de aquella comarca. Admitamos pues lo que nos dice la tradicion.

Abdala siguió su camino sin fijar la atencion en los lugares pintorescos, en los sitios amenos que atravesaba. Preocupado por ideas que aherrojaban sin duda su imaginacion, el jóven alcaide no recreaba su vista paseándola por las praderas lujosas que á sus piés se desplegaban ni fijándola en los montes que elevaban sobre su frente sus agudos picachos. Indiferente á todo, sensible solo al secreto curso de sus reflexiones, no salia de su ensimismamiento sino cuando el paso de su caballo le indicaba que el noble animal habia ya olvidado la última herida del acicate. Entonces parecia como que despertaba de su sueño, volvía á uno y otro lado sus ojos, y animando á su alazan con la voz y con el hierro, volvía á proseguir rápidamente su camino.

Entre tanto, el sol fué poco á poco prosiguiendo su

curso y llegando á su ocaso. El crepúsculo de la tarde vino á su vez y extendió sobre todo su bello manto de ópalo. Por fin, la tenue claridad de un moribundo día empezó á luchar con las sombras que avanzaban.

Fué precisamente en el instante en que el caballo de Abdala dobló el ángulo de un monte que hacia tiempo costeara.

El jinete volvió entonces á sufrir una de aquellas interrupciones en su abstracción, de que hemos hablado. Paseó los ojos por su alrededor y, enterado ya del sitio en que se encontraba, los fijó resueltamente ante sí como si buscara algo en el inmenso espacio que se desplegó á sus ojos.

El agonizante crepúsculo le dió aun luz suficiente para permitirle distinguir un cerro coronado por una fortaleza en torno de la cual se agrupaban algunas casas.

Satisfecho de haber hallado quizá lo que buscaba, Abdala en lugar de apresurar como las otras veces el paso de su caballo, lo enfrenó por el contrario, y soltándole la brida sobre el cuello, permitió que se adelantara pausadamente.

Las sombras fueron gradualmente extendiéndose, la noche empezó á vestirlo todo con su capa de luto.

Abdala iba siguiendo pausadamente, pero muy pausadamente entonces su camino.

Hacia ya mas de tres horas que habia cerrado completamente la noche, cuando el jóven alcaide, que no estaba ya entregado á sus reflexiones, vió de pronto brotar una luz en el espacio.

No era aquella luz la de una estrella, porque estaba demasiado cerca de la tierra.

Abdala dió un grito de júbilo, y su caballo, como si con aquel simple grito hubiese comprendido el deseo de su dueño, se lanzó al galope, sin que tuviera por esta vez necesidad del acicate.

Ahora bien; aquella luz era un farol colocado en la torre del homenaje de un castillo, y el castillo en que se alzaba esta torre del homenaje era el castillo de Cardona.

Llegado á cierta distancia, Abdala se apeó, ató su caballo al tronco de una encina y empezó á trepar por el cerro en cuya cumbre se elevaba el castillo.

Acercóse en silencio á sus murallas, huyendo de la luz de la luna para no ser visto de los centinelas cuyo paso monótono distinguía, y aproximándose á una puerta baja, especie de poterna que se dibujaba en el rincón de un foso, se reclinó contra la pared y esperó, protegido de las sombras.

No esperó mucho tiempo.

Bien pronto oyó á través del maderaje de la puerta el ruido de pasos fugitivos y el roce de un vestido; la pesada puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, y el moro se halló cara á cara con una mujer que por lo bella y agraciada bien podia parecerse á una de las houris de de su mentido paraíso.

Aquella mujer, deliciosa y encantadora criatura por cierto, llevaba una lámpara en la mano, y así que vió á Abdala se aplicó un dedo á los labios para encomendarle el silencio.

No era necesario el encargo.

Aturdido ante la peregrina vision, el moro tenia fuego en los ojos para devorarla, pero no palabras en los labios para hablarla.

Nuestra desconocida volvió á cerrar la puerta así que hubo entrado el árabe, y seguido de este atravesó un corredor, subió una escalera, cruzó una galería, y se encontraron ambos en una estancia reducida, pero alhajada con toda la opulencia señorial de los nobles de aquel tiempo.

Allí hubieron sin duda de creerse seguros y al abrigo de toda indiscreta mirada, pues que, rompiendo el silencio y la reserva guardada hasta entonces, el árabe se adelantó y doblando una rodilla ante la simpática beldad.

— ¡Amaltrudis! dijo solo, pero con un acento tan tierno que daba á comprender todo lo que no decía.

Y la hermosa alargándole una mano blanca y torneada que el moro acercó á sus labios.

— ¡Abdala! exclamó con una voz igualmente impregnada de amor y de ternura.

Y aquí debemos forzosamente detenernos.

La tradicion no cuenta lo que se dijeron aquellos dos personajes que acabamos de ver frente á frente.

Aprovecharemos pues el vacío que aquí nos vemos obligados á dejar para contar al lector ciertos detalles que no podrán menos de serle gratos, pues que verterán alguna luz sobre la misteriosa pareja que tenemos ya en escena.

Abdala, ya lo sabemos, era el alcaide moro del castillo de Maldá; pero lo que ignorábamos es que Abdala fuese en secreto cristiano y esposo secreto tambien de la bella Amaltrudis, hermana del vizconde de Cardona.

Sí, nada menos que esto. Amaltrudis y Abdala se habían visto, se habían amado. Pero, ¿cómo se habían visto? ¿cómo se habían amado?

Esto es lo que se ignora.

El amor de la cristiana habia influido en el moro para que este abrazase la religion del hijo de María, y cuando hubo visto la bella todo lo que podia su amor en el galan, no vaciló en dar su mano al hombre que por ella habia olvidado su patria y abjurado la religion de sus padres.

Los dos amantes esposos solo se veian de tiempo en tiempo. En los días convenidos de antemano, un farol colocado por la hermosa en lo alto de la torre del homenaje, indicaba al galan que podia llegarse sin temor hasta la poterna que ella le abria para introducirle en

el castillo, del que no tardaba en partir Abdala cada vez mas enamorado, cada vez maldiciendo con mas ira los fatales obstáculos que le impedian llamar su esposa á la faz del mundo á aquel ángel de amor y de consuelo.

En cuanto á estos obstáculos eran terribles, insuperables. El amor se estrellaba en una invencible barrera, como se estrella la ilusion en el frio mármol de la realidad.

Colocado entre los esposos, como el sable del iracundo califa entre los dos amantes de las *Mil y una noches*, estaba Bremundo, es decir, el señor de Cardona, es decir, un hombre de hierro como su escudo, es decir, un corazon insensible y frio como la hoja de su espada.

Hubiera Amaltrudis desmoronado piedra á piedra con sus propias manos el castillo de su padre y con sus manos, piedra á piedra, lo hubiera vuelto á edificar, primero que ablandar ó que enternecer con la historia de sus amores el corazon de su inflexible hermano.

Por esto guardaba secreto su enlace.

Amaltrudis sabia que su hermano no la hubiera perdonado jamás su amor á un hombre que no le hubiese él mismo escogido, y su amor á un enemigo, á un moro sobre todo.

Los dos esposos sufrían pues en silencio, y con aquella confianza ciega que los que aman tienen en el porvenir, aguardaban días mejores, días ¡ay! que no llegaban nunca, y que jamás desgraciadamente debían llegar.

Y ahora que hemos explicado ya todo lo que los lectores podían exigir que les dijéramos, volvamos á nuestra pareja que hemos dejado, si mal no recordamos, en la estancia de Amaltrudis.

Interin nosotros hemos referido los anteriores antecedentes, los esposos se han dicho, lo suponemos á lo menos, todas las palabras íntimas que siempre se repiten, pero que siempre son nuevas, y que han formado siempre el inagotable tesoro del amor.

(Se continuará.)

Las Landas.

(Conclusion. — Véase el número 881.)

Firmados los capítulos matrimoniales, y bajo el régimen dotal, comienzan los preparativos de la boda. Primeramente las amigas de la novia, las *doncellas*, llegan á coser su cama y á aturdira con sus canciones. El novio elige tambien entre los mozos cierto número de *donzelons*, que deben servirle de escolta de honor. Finalmente, eligen *cassecans* para hacer los convites.

Para comprender bien el sentido de esta designacion irónica (*ahuyenta-perros*) es necesario saber que en otros tiempos los *cassecans* despedían á la gente cuando se terminaba la boda. Aquella noche una cebolla en el asador sin duda en recuerdo del hambre de Egipto, y regada con agua límpida por un niño *cuya frente respiraba el candor*, advertía á los convidados que las provisiones estaban concluidas, y los *cassecans*, armados de *escobas*, insignias de sus funciones domésticas, decían á los hombres que se retirasen.

Elegían para este cargo hombres robustos, sólidos y de buen apetito, los cuales, muy engalanados, y con una porcion de cintas en el ojal, destinadas á los convidados, salen á convidar cantando á gritos. En las casas de buena fama culinaria, el *cassecan* se detiene á tomar un bocado, bebe en todas partes, y el número de estas comidas es incalculable. Esta mision se considera como muy honrosa.

El casamiento se hace siempre un mártir.

La víspera sale la cama de la novia, en la carreta de la familia, con el armario y las ropas, formando una pirámide, en cuyo alto, como una reina en el trono, está la madrina con el torno de hilar, cubierto con un papel de color adornado con muchas cintas. Los bueyes llevan mantas y flores, y hasta el boyero ostenta las insignias de la fiesta. La carreta se aleja lentamente y las doncellas la acompañan con sus canciones. Algunas de ellas se escalonan en el movable edificio á diferentes alturas, como estatuas alegóricas que se ven en los monumentos antiguos.

Las doncellas visten á la novia, y esta ceremonia se acompaña con cantares poéticos, sobre todo cuando ponen la corona.

Regularmente van á la iglesia á caballo: el padrino sirve de ayudante á la novia y no la deja sino al pié del altar. Las doncellas, que llevan en las ancas del caballo los *doncelons*, deben cantar la *nobi*, la novia, sin interrumpirse un instante.

Llegados á la puerta de la iglesia, el novio rodea el talle de su futura con una cinta de raso color de rosa, emblema un tanto pagano del pudor conyugal, recuerdo del cinturón de Venus, que él solo tendrá el derecho de desatar.

Concluidas las ceremonias, y cuando la novia ha salido de la iglesia en medio de una salva de pistoletazos, vuelven como han venido, y en todas las casas del tránsito se da la *pasada*. En ciertas localidades tienden una cinta al través del camino para advertir que deben pararse. Se tienen refrescos preparados, y los novios y la comitiva deben aceptar la *pasada*, bajo pena de hacer una afrenta á los que los ofrecen la hospitalidad.

La recepcion de la novia en su nueva familia es un reflejo de las costumbres romanas. La introduce el amo

de casa, que la hace sentar delante del hogar al lado del esposo y que la dice: « Sabrás que todo lo que hay aquí pertenece al uno como al otro, como á toda la familia. » La novia recibe entonces de su madrina el torno y la rueca, y en algunas localidades toma posesion de su nueva posicion barriendo la casa.

Las bodas de Caná de Pablo Veronés, ofrecen la disposicion adoptada generalmente en las bodas landesas. Como los novios están á la cabecera, distinguen de una ojeada á los convidados.

Se observan allí apetitos monstruosos correspondientes á estómagos de avestruz; desde los festines de que habla Homero en la *Odisea*, no ha degenerado el hombre, por mas que digan.

Se bebe en proporcion, aunque no por esto el festin se convierte en orgía. Estas fiestas, siempre muy numerosas, reúnen á veces algunos centenares de individuos. Para que sea completa una boda debe durar tres días después de la bendicion, y puede comenzar dos días antes. Algunas de esas fiestas de las clases alta y media podrían citarse sin desventaja, al nivel de las bodas de Camacho.

Todo el tiempo que no se emplea en comer, se consagra al baile ó al juego. Los aldeanos en teniendo una gaita, ya tienen un baile. Es una danza grave y acompañada, una ronda que puede hacerse extraordinaria, animada y llena de agasajos para el que *conduce*, y casi insensible para el que se halla al extremo de la cadena. Colocado en medio, el gaitero sin perder un solo paso de la danza, salta tan alto como los demás. ora inclinado hácia el lado izquierdo, en el cual se apoya el instrumento que anima con su soplo, ora levantando estáticamente la cabeza, en tanto que la gaita bajo la presión de su brazo, toca ella sola el estribillo.

La última ceremonia de la boda es la de la *roste ó asado*. En el momento en que los esposos penetran en el cuarto nupcial, les obligan á probar un asado compuesto de ingredientes heterogéneos.

El uso de este amargo asado se debe á un pensamiento filosófico: la mezcla repugnante de que está empapado indica las amarguras que deben humedecer nuestro pan de cada día; y sin embargo, el vino y las especias que forman su base ¿no son por ventura el fortificante viático que tomaba el peregrino antes de emprender su viaje?

Hoy este uso tiende á desaparecer como tantos otros, y donde subsiste ha degenerado, quizás por temor de turbar con un recuerdo importuno los momentos de felicidad, tan escasos por cierto, de que disfruta el hombre.

No obstante algunos puntos de contacto, el obrero se distingue del aldeano ó importa no confundirlos. El *artesano* es un ser mixto; es aldeano por el traje, el lenguaje y algunas costumbres, y es vecino de la ciudad por el carácter y el sentimiento de su valor.

El traje de las mujeres no carece de gracia. Rara vez el viajero pasa sin admirar sus esbeltos cuerpos, y su cabello negro bajo el pañuelo ordinario que le cubre.

Fiel á los antiguos principios, el artesano conserva en toda su pureza las ideas domésticas, el respeto debido á la edad y todo lo que constituye las buenas relaciones de la familia.

Sin duda á este modo de ver se debe la costumbre de la *assouade*, extraña ceremonia que debe su nombre á la circunstancia de que en ella representa uno de los principales papeles el asno (*ase*, en el dialecto del país, significa asno, y *assouade*, fiesta del asno.)

En una cruzada de un sexo contra otro, del sexo fuerte que defiende sus prerogativas reconocidas contra el sexo débil que se subleva y usurpa, y contra los desdichados que han preferido rendirse á perecer en la brecha. Son las horcas caudinas bajo las cuales hacen pasar á todo marido que se ha dejado pegar por su mujer; solteros y casados se reúnen para recordarle sus deberes y sus derechos olvidados.

La ceremonia se efectúa por lo comun á la entrada de la noche. Cada cual llega al punto de reunion con un instrumento bien sonoro, que procede por lo regular de alguna cocina y vuelve á ella con alguna señal de la batalla. Al son de esta cencerrada infernal se pone en marcha la comitiva. A la cabeza un grave personaje lleva del roncal un asno que monta un hombre vestido de mujer, hilando y confesando en alta voz su falta, pues representa al susodicho esposo. Cuando pueden apoderarse de este, le montan en el asno, y como á consecuencia de una costumbre que aumenta lo risible de la ceremonia, se sienta al revés en su montura, asiéndose á la cola á guisa de brida, enseña su angustiado semblante á la comitiva que le persigue con sus silbidos y excita contra él á un personaje disfrazado de mujer que figura el papel de furia y reproduce la escena, pretexto de la *assouade*.

El cortejo no se detiene hasta que llega á la puerta de la casa de la víctima, y allí alguno de los concurrentes pronuncia un soberbio discurso sobre la institucion del matrimonio y los derechos respectivos de los esposos. En esas ocasiones se dicen cosas admirables, con una elocuencia enteramente nueva y con citas de un latin de cocina que es imponderable. Los calderos y las caceras celebran la gloria del orador. Algunas coplillas compuestas *ad hoc* por un poeta local se cantan en coro con el acompañamiento consabido.

Después de estos preliminares, el representante del marido hace « enmienda honorable » y jura que no volverá á verse en otra.

Sobre esto se le da la absolucion y la ceremonia está terminada.

El landés, aunque haga pocos negocios, asiste con regularidad á las ferias y á los mercados.



LAS LANDAS. — Una boda saliendo de la iglesia.

La feria mas famosa es la de Labouheyre (buena feria) que se efectúa en medio de las grandes landas. La historia nos dice que en el lugar que ocupan las magnificas encinas bajo las cuales se instala la feria, se elevaba antiguamente la ciudad fortificada de Herbefaverie, adonde se trasladó el obispado de Dax á principios del siglo XI.

Esta feria, que dura cinco dias, es el punto de reunion de los traficantes de las Landas, tanto de las comprendidas en el departamento del mismo nombre, como las que forman parte del de la Gironda. Allí se ven cerca de los bueyes indigenas, bastante endebles, la raza enorme garonesa. Tambien hay caballos. La raza del pais es pequeña tambien; pero muy briosa. Por la finura de sus formas la comparan con la raza árabe.

La diferencia que existe entre las dos partes del departamento de las Landas que separa el Adour, no procede solo de la constitucion del suelo, sino de los sistemas agrícolas que se emplean. El último de estos paises es el mas atrasado. Sin embargo, en los últimos tiempos se



El baile.

han hecho mejoras considerables: la importacion del maiz y del trigo es en muchas partes de fecha reciente, y cada dia vemos que se extiende el cultivo de la viña.

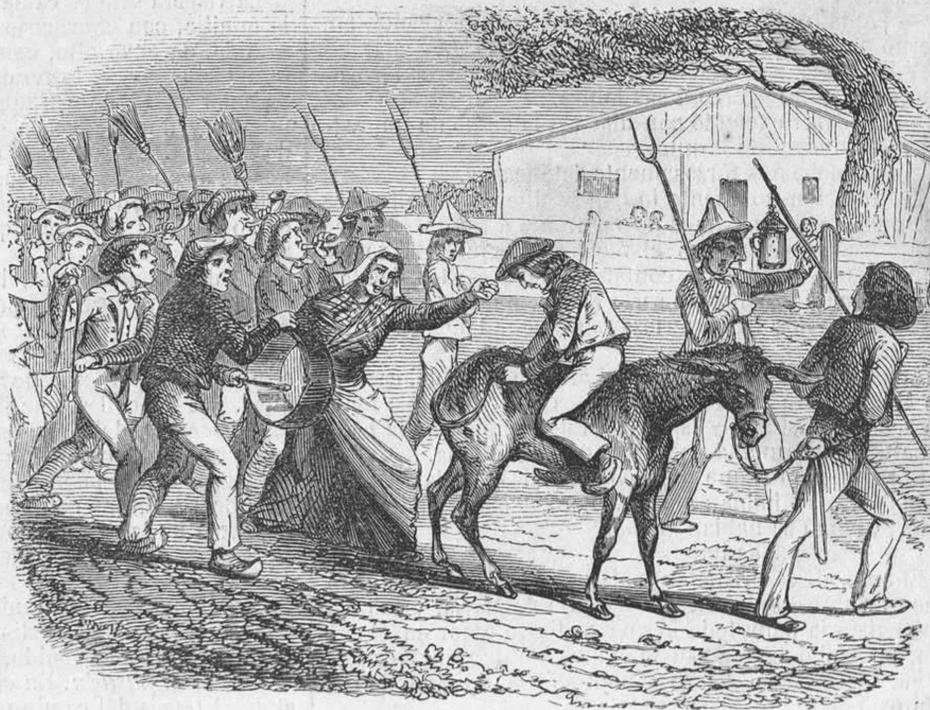
Los campos producen dos cosechas: una en el verano y otra en el otoño. La primera es de centeno y algun trigo; la segunda es mas variada, pues consiste en maiz, mijo y otros productos menudos. Tambien se puede contar el vino, que es bueno en ciertas localidades.

Los prados no abundan, y por eso no puede fomentarse la cria de ganados. La raza ovina vive con las yerbas raquíticas que suelen encontrarse diseminadas en las landas. Los bueyes se alimentan con la paja del mijo y las anchas hojas del maiz.

En suma, un solo vegetal se reproduce en toda la extension de las landas con ese vigor de vegetacion que prueba la bondad de la tierra y del clima: uno solo da abundantes productos en pago de los cuidados que le prodigan, y es el pino. Pero nada mas diremos aquí, pues ya dijimos lo suficiente al principio de estos artículos.



La roste.



La assouade.